

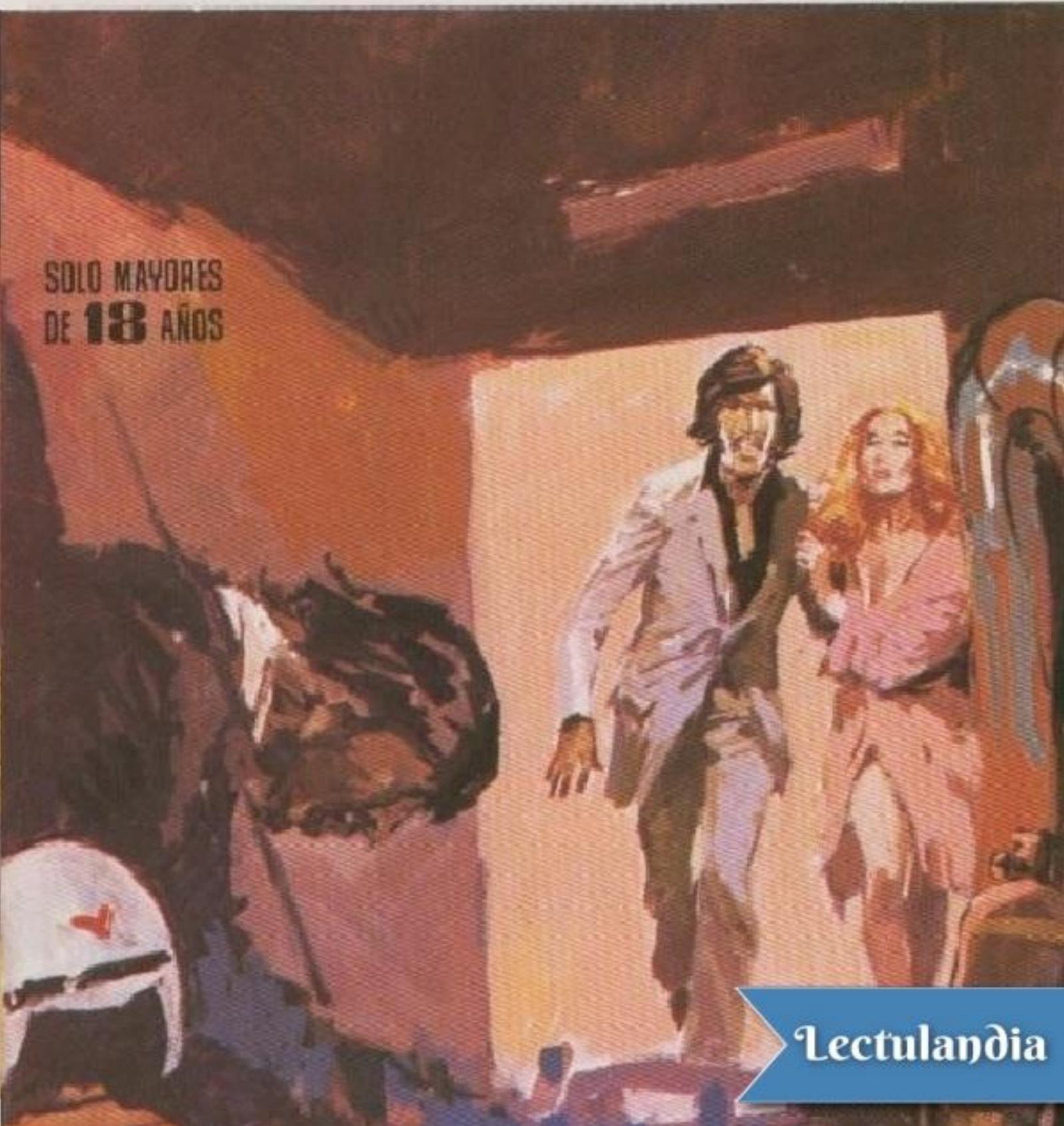
PUNTO
ROJO

de

LAS VICTIMAS ADECUADAS

Lou Carrigan

SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS



Lectulandia

Oscar Lang estaba de bastante malhumor cuando abrió con su llave maestra la puerta de la habitación 18, tras llamar cinco o seis veces sin hallar respuesta.

Entró.

El hedor era terrible.

Tanto que retrocedió el paso que le había llevado al interior de la habitación.

Y justo entonces, en la penumbra que ocasionaba la persiana casi cerrada, distinguió el cuerpo en el suelo, casi en el centro de la habitación.

Lectulandia

Lou Carrigan

Las víctimas adecuadas

Bolsilibros: Punto Rojo - 930

ePub r1.0

xico_weno 13.02.18

Título original: *Las víctimas adecuadas*

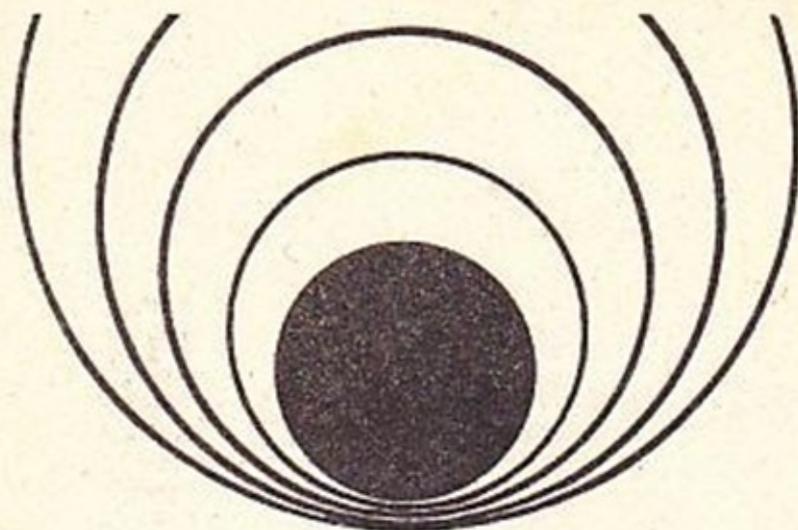
Lou Carrigan, 1980

Ilustraciones: Desilo

Editor digital: xico_weno

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



PUNTO ROJO



CAPÍTULO PRIMERO

Oscar Lang tenía veintinueve años, era detective privado y se había trazado dos metas en su vida.

Una de ellas, conseguir el dinero suficiente para establecer una oficina de investigación privada en Marathon Key, en los Cayos de Florida; justamente, quería tener la oficina en uno de los bonitos edificios de poca altura de Gulf Terrace Avenue, prácticamente el centro de Marathon, la pequeña localidad del cayo. Y quería tener la oficina allí porque era donde estaba lo más importante de la localidad: la iglesia comunal, los bomberos, la Cámara de Comercio, el Destacamento de la Patrulla de Caminos, la oficina del *sheriff*...

Bueno, todo. Incluso más abajo, casi al otro lado del cayo, estaba el Fishermen's Hospital. Es decir, que estando cerca de todo lo importante, estaría al mismo tiempo a elegante distancia, pues Gulf Terrace Avenue estaba un poco por encima de Main Street, de modo que no llegaba su relativo alboroto. Y además, y por último en este punto, quería tener la oficina allí porque tendría vista directa al mar, que era lo que más le gustaba en la vida a Oscar Lang.

Por eso se había decidido hacía ya tiempo a dejar una ciudad del interior de Estados Unidos, donde malvivía resolviendo casos de gilipollas, como él decía. Lo malo era que en Marathon no se estaba cubriendo de gloria precisamente: todo lo que había conseguido, y con suerte, había sido empleo como detective de hotel, una paga discreta, comida y una habitación en la parte de atrás del hotel, cuyo nombre era Tingler, por estar ubicado en la diminuta península de este nombre en la costa sur del cayo. Menos mal que, aunque la habitación estuviese en la parte de atrás del Tingler Hotel, desde la ventana se veía el mar.

Bueno, allí el mar se veía desde cualquier parte, así que eso no tenía mérito alguno. El mérito, a juicio de Oscar Lang, sería tener su elegante oficina, con secretaria (naturalmente), y con el tiempo, posiblemente un par de ayudantes; quizá más. Y esto porque, una vez establecido por su cuenta en su elegante oficina, Oscar Lang pensaba «promocionarse» en todo el país, aunque mantuviese su sede en Marathon.

¡Ah, soñaba con eso...! La oficina en Marathon, la secretaria, dos o tres ayudantes, y él haciendo viajes de un lado a otro, resolviendo casos importantes, y regresando luego siempre a Marathon a descansar y a pescar, cosas ambas que para él significaban lo mismo. Y otra cosa: aunque Marathon tenía un censo oficial de poco más de dos mil habitantes, lo cierto era que en el cayo había siempre muchísima más gente. Veraneantes, claro. Gente que acudía en busca de ocio, de sol, de descanso, de diversión... A decir verdad, Marathon era una pequeña colmena rodeada de mar.

Una colmena en la que, Oscar lo sabía, sucedían muchas cosas. Llegaba gente de todas clases, con sus problemas originados en lugares alejados. Allí pretendían olvidarlos, pero los problemas subsistían. Así que... ¿por qué no recurrir a Oscar

Lang para que se los resolviese? Discreción, habilidad, tacto; ése sería el lema de la oficina de Oscar Lang. Y seguro que tendría clientes. ¡Muchos, muchísimos clientes!

Por ejemplo, una dama llega a pasar un par de semanas de vacaciones en Marathon, ella sólita. Su marido se ha quedado en Miami, Nueva Orleans, Denver, Nueva York... ¡En cualquier sitio de éstos! ¿Qué empieza a pensar la dama a los pocos días de estar sola allí? Pues, lógicamente, que su marido se la debe estar pegando durante su ausencia. Así que va la dama y contrata a Oscar Lang, y éste le dice lo que ella quiere saber. Oh, bueno, y también encargos mucho más importantes, claro. Ejemplos; ir a investigar qué hace el socio de Fulano mientras Fulano está en Marathon; averiguar qué miembro de determinada empresa ha cometido una malversación de fondos; buscar al maldito traidor que ha vendido secretos de una firma a la firma rival, esto es, algo así como resolver casos de espionaje comercial o industrial; conseguir información fidedigna y concreta de determinado caballere guapo que está embaucando a la hija de un ricacho...

¡La de encargos que podían lloverle una vez estuviese establecido por su cuenta!

Pero, mientras tanto, allá estaba, en un cuartucho, comido y mal pagado, y, ciertamente, muerto de aburrimiento, porque ¿qué casos dignos de auténtico interés pueden presentarse en un hotel de playa, donde todo el mundo va a pasarlo divinamente? ¿Algún robo cometido por un vivalés advenedizo que acude en busca de damas enjoyadas? ¿La visita de tal caballero a la habitación de tal dama durante la noche? ¿Vigilar estrechamente a quien le pareciera persona poco digna de confianza?

¡Menudos rollos!

Pero bueno, allá estaba, y mientras tanto, iba ahorrando, dólar a dólar. Sólo era cuestión de aguantar el tiempo suficiente para establecerse en Gulf Terrace Avenue, aunque al principio fuese en la oficina alquilada que, ¡por supuesto!, más adelante podría adquirir en plena y orgullosa propiedad.

Bien, así estaban las cosas aquella mañana de verano (ya había pasado el huracán David), poco más tarde de las siete, cuando Oscar Lang, atónito, cigarrillo en los labios, se quedó mirando hacia Sombrero Beach Road, por donde, a menos que él estuviese soñando, se acercaba el coche del *sheriff* de Marathon. O uno de los coches de la *Sheriff's Office*, claro.

Y por todos los demonios..., ¿qué hacía la ley por allí a tan temprana hora?

Llegaban en silencio, con una discreción matinal digna de agradecer. Pero llegaban.

El coche del *sheriff* llegó por fin al final de la avenida, y entonces giró hacia su derecha. Es decir, que iba hacia el otro lado de la pequeña península, a la que Oscar no sabía por qué llamaban Tingler Island; isla. ¿Por qué isla si era una península?

El coche fue hacia el otro lado. ¿Qué había al otro lado? Pues, prácticamente, sólo el hotel Las Delicias, el caduco y casi derrotado rival del Tingler Hotel. Si, cualquier día, el hotel Las Delicias tendría que cerrar sus puertas. Y esto aterraba a Oscar, porque si el Delicias cerraba...

¿Cuál es una de las cualidades o facultades que distinguen a un buen investigador? Pues la curiosidad. De modo que Oscar Lang dejó de mirar por la ventana, apagó el cigarrillo en un cenicero y se vistió rápidamente. Un par de minutos más tarde salía del Tingler Hotel y se dirigía a buen paso hacia el Delicias.

Hermosa mañana.

Divino mar.

Maravillosa vida.

Daba gusto caminar, aspirar hondo, sentirse vivo...

Cuando llegó frente a la entrada principal del Delicias no vio el coche del *sheriff*. Titubeó. ¿Y si hubiera ido a cualquiera de las escasas villas que había por allí? Se volvió, miró, especuló mentalmente... Luego entró en el recinto ajardinado del Delicias, rodeó el edificio, y apareció en la parte de atrás, es decir, la que daba al mar, y en la que, con gran lógica, estaban las amplias terrazas de las mejores habitaciones.

El coche del *sheriff* estaba allí, detenido frente a un cobertizo alejado unos treinta metros del edificio principal. Oscar sabía el cometido de aquel cobertizo: se guardaban dos o tres pequeñas barcas a las que podía acoplarse fuera borda un motorcito, tubos de aire, aletas de goma..., cosas de los clientes deportistas del hotel. Oh, y cañas de pescar, naturalmente. En el Tingler tenían un cobertizo parecido.

La gran puerta levadiza del cobertizo estaba alzada y, en el interior, Oscar distinguió las formas de varias personas, y, en especial, el brillo de la calva cabeza de Rupert Hellman, el *sheriff*. Y mucho mejor que todo esto vio a Frost, uno de los ayudantes de Hellman, que, al verlo acercarse tan decidido, acudió a su encuentro para cortarle el paso.

—Hola, Lang —le saludó, empero, amablemente—. Está hoy en plan madrugador, por lo que veo.

—Buenos días, Frost. ¿Qué pasa?

Frost sonrió a medias.

—Dígame una cosa —preguntó—, ¿su presencia aquí es puro olfato, curiosidad o culpabilidad?

—Es demasiado temprano para romperme la cabeza con acertijos, Frost —gruñó Oscar.

—De acuerdo. Será mejor que no entre ahí, ¿comprende?

Oscar parpadeó. Miró de nuevo hacia el interior del cobertizo..., y justo en aquel momento apareció.

Ella.

¡Ella!

Más hermosa que el sol, más rubia que el sol, más divina que el mar...

¡Ella!

La otra meta en la vida de Oscar Lang: Elinor Dreiser, la hija de Conrad Dreiser, el propietario del Delicias. ¡Ella sí que era una delicia! Demasiado para el pobretón de Oscar Lang, y éste lo sabía. Tan improbable de alcanzar como una estrella, como

suele decirse. La lástima era que, mientras las estrellas estaban tan lejos, y uno se resignaba de antemano a no alcanzar ninguna, ella, Elinor Dreiser, estaba allí, en la Tierra..., al alcance de la mano.

Para según quién, claro.

No para Oscar Lang, que se contentaba con espiarla de lejos, y, siempre que podía cruzarse con ella haciéndose el contradizo. Incluso se había atrevido a saludarla, finalmente. La primera vez ella le miró sorprendida. Fue como si pensara: ¿quién será este microbio?, o algo así. Y no porque Oscar fuese enano, ni mucho menos, ya que medía metro ochenta y dos. De todos modos, la señorita Dreiser era demasiado educada para dejar de contestar al saludo, y a partir de aquel día siempre lo hacía. En esos saludos, en su dulce voz replicando: «Buenos días o buenas tardes», basaba Oscar Lang todos sus sueños eróticos. Es decir, se imaginaba la misma muchacha, la misma voz..., en su cama, junto a él. «Buenos días, Oscar querido. ¿Has dormido bien esta noche...?».

¡Ah, cantos de vida...!

Pero era todo lo que tenía de Elinor Dreiser: visiones robadas y saludos a distancia. Tampoco se trataba de que Oscar fuese tonto, o tan siquiera tímido. No, nada de eso. Lo que ocurría con Oscar Lang era que tenía dignidad, y sentido del ridículo. Él no era de esos que se acercaban a cualquier chica con estúpido desparpajo y le decía: «Hola, prenda, ¿te llevo a alguna parte? ¿Dónde nos hemos visto antes de ahora? Tu cara me suena. ¿Qué hace una chica como tú en un sitio como éste...?», y así mil bobadas más. Nada de eso. Oscar Lang tenía clase, y así, sabía distinguir perfectamente a las personas que también la tenían. Es decir, que acercarse a la señorita Dreiser con una de aquellas chulerías era lo mismo que asegurarse de que ella ya ni siquiera volvería a saludarle en el futuro.

Y entonces, hasta los secretos y sencillos erotismos de Oscar Lang se desvanecerían. Por lo tanto, era mejor seguir mirando la estrella discreta y respetuosamente que exponerse a no verla más, a no volver a oír su voz «Buenos días», «Buenas tardes», «Buenas noches»...

Seguro que ella ni siquiera sabía quién era Oscar, cómo se llamaba, dónde vivía... ¡Y eso que eran vecinos!

—Señor Lang, buenos días —saludó Elinor, llegando ante él—. ¿Desea usted algo?

Oscar quedó estupefacto, patitioso, abrumado, fulminado... ¡Lo sabía! ¡Ella sabía su nombre, sabía quién era...! ¡Oh, cielos, qué maravilla!

—Bu... buenos días, se..., señorita Dreiser...

Ella tenía los ojos del color del mar, ¡oh, divina y maravillosa casualidad! ¡Qué ojos! Y la boquita era redonda y roja, fresca como..., como..., como... Y el cuerpo era precioso, precioso, precioso... Llevaba una bata que al parecer se había puesto sobre la ropa de dormir, que Oscar no podía ver; quizá fuese una camisita de esas enloquecedoras... ¡O un pijama de ésos tan graciosos! Desde luego, no llevaba

sujetador, porque, mientras ella se acercaba, Oscar había observado el delicioso y turgente vaivén de los senos. Había sido apenas perceptible, pero él lo había notado. ¡Debía tener unos pechos tan firmes, tan rotundos, tan...!

—¿Podemos servirle de algo? —había insistido Elinor, observándole fijamente.

Sólo entonces se dio cuenta Oscar de que «ella» parecía muy preocupada, incluso angustiada, y que estaba muy pálida.

—Bu..., bueno, es que... vi llegar al *sheriff*, y pensé..., pensé que quizá era yo quien podría... ayudarles en algo. Sí, exacto...

Ella le miró con leve curiosidad. Quizá con un leve desconcierto. El Tingler Hotel y el hotel Las Delicias eran rivales. Rivales a muerte, aunque por el momento el Delicias estuviese perdiendo la partida de modo irremisible. Oscar Lang trabajaba en el Tingler... ¿Y acudía por si podía ayudar en algo al Delicias?

—Es usted muy amable, señor Lang, pero no creo que sean necesarios sus servicios. Muchas gracias. ¿Desea algo más?

—Pues..., no... No. Bien, si realmente no puedo...

El *sheriff* Hellman salía en aquel momento del cobertizo, fruncido el ceño, sombría la expresión. Al ver a Oscar alzó las cejas y su gesto se despejó un poco.

—¡Hombre, si está aquí Pinkerton en persona...! (*Alusión al creador de una de las más antiguas y famosas agencias de investigación privada de Estados Unidos*) — exclamó—. ¿Qué tal, Pinkerton?

—Hola, *sheriff* —masculló Oscar, al que la broma de Rupert Hellman ya comenzaba a fastidiarle—. Y adiós. Ya me iba...

Hellman ladeó la cabeza y se quedó mirándole. Era completamente calvo, así que, aunque sólo fuese por eso, se podía decir de él que no tenía un pelo de tonto. Pero, aunque hubiese tenido melena hasta los pies, lo mismo se habría podido decir de Hellman que no tenía un pelo de tonto.

—¿Ha venido a fisgar? —murmuró.

—Sólo pensé que podía ocurrir algo en lo que pudiera ayudar —masculló Oscar—. Buenos días, señor Dreiser. Espero no haberles molestado.

—Buenos días —murmuró Conrad Dreiser.

También estaba pálido. Igual que el hombre que había aparecido junto a él, ambos detrás de Hellman. El hombre en cuestión iba equipado para salir al mar; Oscar no lo conocía, pero dedujo sin problema alguno que era un cliente del hotel. Un cliente madrugador.

—Es el señor Dewey —dijo el *sheriff*, siguiendo la mirada y los pensamientos de Oscar—. Se levantó temprano para salir a pescar en uno de los botes, vino a buscarlo al cobertizo, junto con las cañas, y... Venga, Lang, venga...

Oscar había visto a un par de empleados del hotel junto al edificio. Luego miró de reojo a Elinor Dreiser.

—No quiero molestar, de modo que...

—Yo le diré cuándo molesta usted, muchacho —insistió el *sheriff*—. Venga a

echar un vistazo...

—Está bien.

Se acercó al *sheriff*, que le tomó amistosamente de un brazo. Entraron en el cobertizo, donde la penumbra impidió de momento a Oscar distinguir las cosas con la necesaria claridad. Pero, cuando el *sheriff* lo detuvo delante del hombre, pudo verlo perfectamente.

—¡Dios mío...! —jadeó Oscar.

El hombre estaba de pie, de espaldas a la pared del fondo del cobertizo. Parecía que simplemente estuviese allí, apoyado. Pero no era así exactamente: estaba «clavado» a la pared por un arpón de pesca submarina que había atravesado su cuello. Estaba de pie, cierto, pero muerto. El desgarrón en la garganta era tremendo, pero lo más... espectacular y horrible eran sus ojos, desorbitados, relucientes, aterrados. Llevaba pantalones negros, jersey oscuro de hilo, y unas zapatillas deportivas. Era muy moreno.

—¿Lo conoce usted, Lang?

Oscar se pasó la lengua por los labios, mientras hacía un gesto afirmativo.

—Claro... Es Orlando Vázquez, uno de los camareros del Tingler...

Hellman asintió.

—El señor Dreiser no conocía su nombre, pero eso mismo ha dicho él: que era uno de los camareros del Tingler..., así que nos preguntamos qué vino a hacer aquí, al Delicias.

—No tengo ni idea, naturalmente.

—Era de suponer. Pero pensé que quizá supiese algo.

—En absoluto.

—Mala suerte. Pero, bueno, no vamos a desanimarnos por eso, ¿verdad? Sin duda, alguien del Tingler sabrá más cosas que usted.

—No sé.

—Pero si llega a saber algo, colaborará conmigo, ¿no es cierto?

—Naturalmente...

—Buen muchacho. —Hellman sonrió torcidamente—. Espero que esto no le haya impresionado demasiado. La señorita Dreiser estuvo a punto de desmayarse.

—Bueno..., yo no soy la señorita Dreiser.

—Desde luego que no. Veamos, Lang, somos buenos amigos, ¿no es cierto?

—Creo que sí —admitió Oscar.

—Entonces, repetiré la pregunta: ¿no se le ocurre qué podría hacer aquí este hombre?

—No, señor.

—Quizá alguna chica del Delicias... ¿Eh?

—Eso es lo que primero descartaría.

—¡Ah! ¿Puedo saber por qué?

—Orlando tiene..., tenía un pequeño lío con una de las empleadas del Tingler,

una chica muy bonita que está en el servicio de habitaciones.

—¿Muy..., muy bonita?

—Yo diría que lo suficiente para que Orlando no tuviese que complicarse la vida buscando otra. Además, no hace mucho que se... hicieron amigos, estaban en pleno romance.

—¿Qué clase de romance? Lo pregunto porque si por mucho que esa chica le gustase, ella no le daba lo que él quería, quizá vino aquí en busca de otra más... complaciente.

—No. Ella le daba todo lo que quería. Eran muy discretos, pero eso lo sabemos todos en el Tingler.

—Claro. Bueno, entonces tendremos que buscar otros motivos para que Orlando Vázquez viniera aquí... ¿Cómo se llama su chica del Tingler, ésa tan complaciente?

—Carol Mumford. Es una pelirroja muy atractiva, de veras.

—*Okay*. Gracias, Lang. ¿Ve cómo sí ha servido de algo que usted viniera?

—No creo haberle resuelto nada.

—No, pero ha ayudado. Luego pasaré a charlar con esa chica pelirroja... Supongo que la encontraré en el Tingler.

—Claro. Es decir, yo también lo supongo. ¿Tengo que marcharme ahora?

—¿Qué quiere decir?

—Pues... me gustaría echar un vistazo por aquí.

Hellman sonrió con amable ironía. Alzó un dedo y gruñó:

—No toque nada.

—Claro que no. ¿Cuándo le parece que murió?

—Creo que hace una hora, quizá dos... Pero el forense no tardará en venir, así que pronto saldremos de dudas. No toque nada, Pinkerton.

—Ya le he dicho que no. Es una tontería advertírmelo.

—Es verdad —admitió Hellman—. Estoy por ahí fuera.

Oscar Lang quedó solo en el cobertizo..., con el cadáver...

CAPÍTULO II

Tras asegurarse de que Hellman no le veía, Oscar tocó el cuello del cadáver. Era lo único que tocaría, desde luego. Le pareció que, en efecto, Orlando no llevaba más de un par de horas muerto. Miró sus desorbitados, aterrados ojos, y tragó saliva. No era una agradable manera de morir. Bueno, ninguna manera es agradable, claro, pero...

Se quedó mirando el arpón. Era largo, fino, pesado. Luego miró alrededor. A un lado, colgados en soportes de la pared, vio varios fusiles submarinos. Algunos de ellos eran de goma; otros, de aire comprimido. La potencia de disparo de éstos debía ser terrible, más que suficiente para conseguir aquellos resultados con el pobre Orlando Vázquez.

Se acercó a los fusiles. Todos tenían su correspondiente arpón colocado, pero ninguno estaba cargado para el disparo. Los de goma, mostraban éstas sueltas. Los de aire comprimido, no era probable que estuviesen cargados. Era demasiado peligroso. Cualquier fallo podía ocasionar un gravísimo disgusto...

De pronto, en el suelo, ante sus pies, vio otro fusil. Se acuclilló para examinarlo, por supuesto sin tocarlo. Era de aire comprimido y no tenía colocado el arpón, que no se veía por parte alguna. Es decir, resultaba fácil imaginar dónde estaba el arpón que faltaba a aquel fusil, y Oscar volvió la cabeza hacia el cadáver clavado en la pared.

Oscar se incorporó.

Muy bien: ¿qué había ido a hacer Orlando Vázquez al cobertizo deportivo del Delicias a las cinco o las seis de la mañana? Era la pregunta clave, evidentemente. ¿A robar? Claro que no. No había allí nada que valiese la pena correr el riesgo. Cualquier cosa de las que había allí podía conseguirse por unos pocos dólares. Excepto una barca o un motor, pero era una tontería pensar que Orlando fuese tan estúpido de robar motores o barcas que podían ser fácilmente identificadas.

¿Entonces...?

Bueno, la respuesta era tan obvia... Orlando había ido al cobertizo del Delicias a hacer algo... o entrevistarse con alguien secretamente. ¿Una mujer? Oscar pensó en la camarera pelirroja, la atractiva Carol, y movió negativamente la cabeza. Claro que no: sin duda, Carol satisfacía todas las necesidades sexuales de Orlando. Como buen detective, él sabía de eso seguramente más que nadie. No, una mujer, no.

Entonces, claro, un hombre.

Un hombre que había disparado un arpón contra Orlando, clavándolo a la pared, matándole seguramente en el acto.

Tras una última mirada al cadáver, Oscar Lang salió del cobertizo, un poco deslumbrado. Hellman estaba conversando con el señor Dreiser y con el cliente del hotel que había encontrado el cadáver. Elinor Dreiser estaba un poco alejada de ellos, mirando hacia el cobertizo, y se acercó en seguida a Oscar.

—Ha sido usted muy amable al interesarse, señor Lang.

—No tiene importancia. Entre vecinos...

—Pero no demasiado bien avenidos, diría yo.

—¿Por qué no? —Se sorprendió Lang—. Yo trabajo en el Tingler a las órdenes de Edwina Rice, su propietaria, pero eso no significa en modo alguno animosidad hacia ustedes. Sería absurdo... Es más, me consta que la propia señorita Rice no tiene nada contra ustedes, señorita Dreiser.

—Seguramente, tiene razón —encogió los hombros Elinor—. Somos nosotros, los Dreiser, los que no simpatizamos con ella.

—Quizá no se han relacionado lo suficiente. En lo que a mí respecta, ustedes me parecen buenas personas como la propia señorita Rice.

—Es usted una persona amable —intentó sonreír Elinor—. ¿Le va bien en el Tingler?

—¿Bien? Bueno, voy siguiendo mi camino en busca de mis dos objetivos.

—Ah, tiene mayores objetivos que seguir de detective en un hotel...

—Por supuesto. Espero conseguir relativamente pronto uno de ellos: establecerme con mi propia oficina en Gulf Terrace Avenue.

—Eso sería muy interesante... ¿Cuál es el otro objetivo?

—Pues... Eeee... Bueno...

—¿Sí?

—Pues..., todavía no..., no lo tengo... bien decidido...

Elinor Dreiser asintió. Sus cabellos, rubios como el sol, lanzaron destellos de oro. Estuvo unos segundos como sin saber qué decir. Por fin murmuró:

—Me parece que esto va a ser el golpe definitivo contra el Delicias.

—No comprendo.

—Ya es milagroso que continúen viniendo clientes aquí, señor Lang. ¡Vienen ocurriendo tantas cosas desagradables en el Delicias desde hace tiempo...! Y ahora, esto, un..., un crimen. Creo que va a ser la ruina definitiva...

Oscar parpadeó, y no acertó qué debía contestar. Y ello porque Elinor Dreiser tenía razón: ocurrían cosas raras en el Delicias. Por ejemplo, un día no funcionaba la instalación de agua caliente; otro día se estropeaba la refrigeración; otro día se quedaban sin energía eléctrica..., y resultaba que tampoco funcionaba el generador propio del hotel; otro día llegaban unos clientes que a las pocas horas de estar allí organizaban un escándalo tremendo... O bien, como había sucedido un par de noches atrás, el claxon de uno de los coches se había disparado y estuvo armando un buen alboroto hasta que el propietario del vehículo, uno de los clientes del hotel, bajó en pijama a poner remedio, cuando ya los demás clientes, y no pocos del cercano Tingler, estaban dados a todos los demonios...

Realmente, el Delicias estaba pasando por muy malos momentos. Sobre todo, si, como se rumoreaba, el señor Dreiser, su propietario, se encontraba en dificultades financieras...

—No sé qué podremos hacer...

—¿Eh? ¿Qué? Perdón, temo que no...

—Decía que no sé qué podremos hacer —le contempló escrutadoramente Elinor Dreiser.

—Ah, sí. Bueno, no hay que ser derrotistas, señorita Dreiser. No todo van a ser dificultades en la vida.

—Me gustaría tener los ánimos de usted —dijo ella—; estoy segura de que conseguiré todo lo que se proponga.

—Pues... Bueno, ojalá acierte.

Inevitablemente, la mirada de Oscar Lang fue una vez más al escote de la bata de Elinor. Ésta desvió su mirada y, tras un par de segundos, murmuró:

—Me parece que pronto vamos a tener mucho jaleo aquí, así que será mejor que vaya a vestirme... Gracias por venir, señor Lang.

—Adiós... Bueno, hasta la vista.

—Sí —le miró ella lentamente—, hasta la vista.

Oscar la estuvo mirando hasta que entró en el hotel. Luego se acercó al grupo que conversaba bajo la dirección del *sheriff* Hellman, que aprovechaba bien el tiempo mientras esperaban a los miembros de la investigación técnica y al forense.

—Sí, hacia las seis de la mañana —dijo el forense—. Casi puedo asegurarlo, pero, Rupert, será mejor que esperemos al resultado concreto de la autopsia.

—De acuerdo —asintió Hellman—. Sin embargo, yo empezaré a trabajar partiendo de esa base: las seis de la mañana.

—Puede hacerlo; no nos equivocaremos mucho.

Eran casi las diez de la mañana. Los técnicos habían terminado su cometido en el cobertizo y alrededor de éste, y, realmente, todo lo que restaba hacer por allí era levantar el cadáver, a lo que se procedería en breve.

Oscar, que había permanecido en un discreto aparte, pero escuchándolo y mirándolo todo..., especialmente la reaparición de Elinor con un vestido precioso, vio acercarse a Hellman y se sacudió la especie de modorra pensativa en que se había sumido.

Nada más llegar, Hellman le tomó de un brazo, con aquel gesto amable y condescendiente.

—En realidad, tendría que dedicarme a interrogar a los clientes del Delicias —dijo de buenas a primeras—, pero se me ha ocurrido que quizá sería conveniente antes conversar un poco con esa chica, Carol Mumford. ¿Va usted para allá, Lang?

Era toda una «invitación», así que Oscar no tuvo más remedio que asentir, y, con no poco pesar, seguir el impulso de Hellman hacia la salida del Delicias. Pensaba que se había dado un buen atracón visual de Elinor Dreiser por aquel día, de modo que dejó de mirarla. No le habría hecho nada de gracia que Hellman hubiese captado su interés por la muchacha. Ninguna gracia, porque el *sheriff* de Marathon era amable, pero bien conocido por su mordacidad...

—Está preciosa la señorita Dreiser esta mañana, ¿verdad? —comentó Hellman

como al descuido.

Oscar le dirigió una rápida y casi alarmada mirada. Pero sólo vio el sanote rostro del *sheriff* una cordial sonrisa. O eso le pareció.

—Sí —murmuré—. Sí, no está mal...

Rupert Hellman no pudo contenerse: soltó una carcajada. Y Oscar Lang, a sus veintinueve añitos, no pudo evitar sofocarse... ¡Maldito viejo zorro!

Todavía le duraba el sofoco, ahora convertido en una sorda ira latente, cuando llegaron al Tingler Hotel, tan cerca del Delicias. Y no tuvieron que molestarse en absoluto para localizar a la pelirroja empleada Carol Mumford, ya que estaba a la entrada. Y no sólo ella, sino la mismísima Edwina Rice, la propietaria del Rice.

Oscar no pudo evitar una reacción vengativa, mirando perversamente de reojo a Rupert.

—Caramba, yo diría que la señorita Rice está radiante esta mañana, *sheriff*. ¿Usted qué opina?

Rupert Hellman le dirigió una mirada cargada de veneno. No había seguramente nadie en Marathon (se entiende los vecinos censados) que ignorase que el calvo representante de la ley estaba poco menos que loco por la propietaria del Tingler.

—Sí —masculló—; está muy guapa.

—Guapa es poco, ¿no le parece?

—¡Bueno, está radiante! ¿Y qué?

—¿Por qué se enfada? —Sonrió Oscar—. Sólo he hecho un comentario elogioso para una mujer.

—Váyase al Congo.

Oscar no se fue al Congo. Y en cuanto a Edwina Rice, efectivamente, estaba radiante y guapísima aquella mañana. A los casi sesenta años de Hellman, ella oponía unos cuarenta, quizá cuarenta y dos. Pero en ella era cierto lo que se dice de que la mujer está en su punto a los cuarenta: alta, esbelta, elegante, con un cuerpo propio de una jovencita, oscuros y grandes ojos inteligentes, un rostro bello, una boca grande y jugosa, sonriente, y un peinado suelto y ligero, podía trastornar a alguien más que a Hellman, desde luego. Resultaba casi graciosa la idea de que algún día Edwina Rice pudiera hacer caso al sistemático y pretendidamente disimulado asedio del *sheriff*. Sí, era graciosa la idea.

—Si quiere afeitarse —invitó Oscar—, puede subir a mi habitación, *sheriff*.

—Quizá lo haga, Pinkerton.

—Será un placer prestarle mi máquina de afeitar... ¡Hola! Buenos días, señorita Rice.

—¿Dónde se ha metido, Oscar? —Mostró su disgusto Edwina Rice—. ¡Llevamos un buen rato buscándole!

—Buenos días, Edwina —masculló Rupert Hellman.

—Hola, Rupert. ¿Qué ha pasado en el Delicias? Hemos visto mucho movimiento... ¿Algo grave?

—Pues... Bueno, yo diría que sí. Pinkerton ha estado allí conmigo haciendo lo posible por ayudar.

Señaló a Oscar con el pulgar, y Edwina sonrió, aunque todavía un tanto inquieta. Se la veía inquieta, desde luego.

Lo mismo que a la pelirroja Carol Mumford, que estaba mirando del *sheriff* a Oscar y viceversa como si esperara algo especial de ellos, sobre todo de Oscar.

—Ella es Carol Mumford, *sheriff* —movió la barbilla Oscar hacia la pelirroja; miró a Edwina Rice—. ¿Qué ocurre? ¿Para qué me están buscando?

—No encontramos a Orlando —murmuró Carol—. No está en su habitación, ni aparece en parte alguna del hotel.

—Y otra cosa más —dijo Edwina, impaciente—. Es sobre el señor Crawford, de la 18. Parece que hoy tampoco piensa salir de su habitación, y eso me preocupa. Quería que usted me acompañara a ver al señor Crawford, Oscar... Quizá no se encuentre bien...

—Si no se encontrase bien, habría llamado pidiendo un médico —dijo Oscar—. Y recuerde que puso el cartelito de «No molesten» en su puerta, señorita Rice. ¿Quizá lo ha quitado ya?

—No —dijo Carol Mumford—. El cartelito sigue en la puerta.

—Bueno, echaremos una mirada. Pero lo primero es lo primero. El *sheriff* quiere hablar contigo, Carol.

—¿Conmigo? —se asombró la pelirroja—. ¿De qué? ¿Qué pasa?

Hellman se pasó una mano por la calva, mirando a la muchacha. Sí, era guapa, cierto. Y desde luego, tenía ya edad más que suficiente para poder hablarle sin circunloquios.

—Señorita Mumford —masculló—, me temo que tengo una mala noticia para usted. Bueno, para todos, claro.

—¿Una..., una mala noticia...? —Los verdes ojos de Carol se abrieron mucho, espantados—. ¿Es sobre Orlando? ¿Le ha ocurrido algo a Orlando? ¿Está herido?

—Lo han matado.

La pelirroja retrocedió un paso, llevándose una mano al pecho. Edwina Rice, tras una breve crispación en su hermoso rostro, susurró:

—Pero... ¿qué dice usted, Rupert?

—Me gustaría tomar una taza de café —dijo Hellman, pasándose ahora la mano por las mejillas—. Salí tan de prisa de casa esta mañana que ni siquiera me acordé de afeitarme. Mucho menos de desayunar algo...

Miró sobresaltado a Carol Mumford, que había estallado en llanto. Hellman torció el gesto. Comprendía a la muchacha, pero a él le fastidiaban un horror las lágrimas.

Carol Mumford no sabía nada, no tenía la menor idea de lo que podía haber ido a hacer Orlando Vázquez al Delicias. Estaba ya más calmada, se había fumado dos cigarrillos, y podía atender con serenidad al representante de la ley. Ocupaba uno de

los sillones del despacho de la dirección del Tingler, santuario exclusivo de Edwina Rice, que había considerado conveniente aislarse de la curiosidad de los demás empleados del hotel, y de los clientes. Edwina estaba tras su mesa, y tenía ante ella el servicio de café que había pedido a la cocina. Oscar ocupaba otro de los sillones. El *sheriff* permanecía de pie, y parecía dispuesto a terminar con el contenido de la cafetera.

—En definitiva, no puede ayudarnos, señorita Mumford.

—Ya le he dicho todo lo que sé... Orlando nunca me dijo que tuviese ningún asunto en el Delicias; no..., no se me ocurre qué podía hacer allí...

—Y lo vio por última vez esta noche...

—Bueno, sí... Sí. —Carol bajó la mirada—. Estuvo conmigo hasta las dos y pico de la mañana, más o menos. Es..., es una hora en que todo está en calma, no tenemos servicio y..., y no molestarnos a nadie..., me parece a mí...

—Ésa es una cuestión que deberá tratar con Edwina —dijo Hellman—. Pero no creo que la cosa merezca demasiado interés; son las consecuencias de tener algunos empleados viviendo en el mismo hotel. Y menos mal que son pocos, ¿verdad, Edwina?

—Esto es muy desagradable —murmuró Edwina—, y terrible. ¡Pobre Orlando! Bueno, pienso que quizá tengamos que identificarlo, o algo así... ¿No?

—Ya lo ha hecho Pinkerton. Y de todos modos, creo que ya deben haberse llevado el cadáver. Claro está en que no tengo inconveniente en que vayan a verlo al depósito.

—Oh, no... —Gimió Carol—. ¡No, no...!

Todos la miraron. Hellman se decidió al fin a servirse otra taza de café.

—Realmente —dijo tras beber un sorbo—, yo tendría que dedicar mi tiempo al personal del Delicias, pero pensé que quizá aquí alguien podría informarme de cosas más útiles. A fin de cuentas, es aquí donde trabajaba Orlando Vázquez, y tenía amigos... ¿O no? ¿Qué dice a eso, Pinkerton?

—Era un tipo agradable —murmuró Oscar—. Y simpático; un cubano amable y discreto. No, no tenía ningún problema en el Tingler. Si algo no le iba bien, debía ser en el Delicias...

—Usted me lleva ventaja aquí —meditó Hellman—; conoce el terreno que pisa, y a todo el mundo. Y se fija en la gente, claro está. ¿Cree que sería perder el tiempo reunir al resto del servicio para preguntarles por qué Orlando Vázquez fue esta madrugada al Delicias?

—Eso nunca se sabe —encogió los hombros Oscar—. Pero dudo mucho que algún empleado sepa de Orlando algo que no sepa Carol..., o yo mismo.

—Entendido. ¿Tenía familia, recibía cartas, o llamadas telefónicas...?

—No. Se fue de Cuba hace no sé cuántos años, y estaba solo en Estados Unidos. Nunca habló de ningún familiar o algún amigo especial.

—¿Señorita Mumford? —Miró Hellman Carol.

—No —negó ésta—. No, tampoco a mí me habló de nadie en especial nunca, *sheriff*.

—Pues no se puede decir que tengamos fácil la cosa —gruñó Hellman—. Bien, me dedicaré ahora al personal del Delicias... Mal asunto para Dreiser: esto va a ser el hachazo definitivo para su negocio.

—Sí —reflexionó Edwina Rice—. Una cosa así puede echar atrás en sus intenciones de compra a cualquiera.

—¿Compra?

—Oh, estuve hace un par de días conversando con el señor Crawford sobre el asunto. Al parecer, el señor Crawford está aquí precisamente para intentar comprar a Conrad Dreiser sus acciones sobre el Delicias, a fin de pasar a dirigirlo él, o alguno de sus empleados. No sé bien. Conrad tiene la mayoría de las acciones del Delicias, y el señor Crawford quiere comprárselas. Lógicamente, Conrad se resiste; pues si las vende tendrá que marchar del hotel, ya no será prácticamente suyo, y ni siquiera le dejarán la dirección.

—Veamos... ¿El señor Crawford quiere comprarle a Dreiser las acciones que éste tiene del Delicias?

—Sí.

—¿Y por qué ese caballero no se ha alojado en el Delicias, en lugar de hacerlo aquí? —Mostró su sorpresa Hellman.

Edwina no pudo evitar una leve sonrisa irónica.

—Al parecer, no le inspiran demasiada confianza las actuales instalaciones del Delicias, y, en cambio, como usted sabe, Rupert, el Tingler tiene muy buena fama. Está claro que el señor Crawford es una persona a la que le gusta la comodidad.

—Sí, debe serlo —reflexionó Hellman—, ya que no se ha levantado todavía. Y según he entendido, tampoco ayer salió de su habitación... ¿Entendí bien antes?

—Sí.

—¿Quizá está enfermo? ¿Tenía mal aspecto cuando se retiró a su habitación la última vez?

—Claro que no. Es un hombre sano... y muy atractivo.

—Ya —gruñó Hellman—. Ya, ya. Y joven.

—Más bien sí —procuró contener una sonrisa Edwina.

—Bueno, pues me gustaría charlar con ese señor Crawford —farfulló Hellman—. Si se digna levantarse, claro está. ¿Está solo en su habitación?

—¡Que nosotros sepamos, sí!

—Pues es mucho tiempo para que un hombre solo, sano y atractivo esté encerrado en su habitación, me parece a mí. Bueno, ya veré en otro momento al señor Crawford. No me acompañen: conozco muy bien el camino.

Salió del despacho evidentemente enfurruñado. Oscar miró a Edwina Rice.

—Ha sido usted un poco cruel con Hellman, ¿no cree?

—Sólo me he divertido un poco. Ese viejo libidinoso me mira como si... ¡Oh,

Carol, querida, perdona...! No he debido decir eso. No es que me esté divirtiendo, entiende... Lo que quiero decir...

—No..., no se preocupe, señorita Rice —lloriqueó la pelirroja—. ¡Dios mío, no puedo creerlo! Esta noche misma él me..., me...

Calló azorada. Oscar carraspeó y se puso en pie.

—Si piensa ir a la Morgue a ver a Orlando, puedo acompañarla, señorita Rice...

—No... No es necesario. Gracias, Oscar.

—Bah... Entonces, si le parece, iré a echar un vistazo al señor Crawford. Realmente, treinta y seis horas sin salir de su habitación son demasiadas...

—Le espero aquí, Oscar. Venga a decirme lo que sea sobre el señor Crawford. Mientras tanto, convenceré a Carol para que venga conmigo a ver a Orlando.

—Creo que no le gustará —movió la cabeza Oscar Lang—, pero quizá será conveniente que lo vea..., aunque sólo sea para convencerse de que... Bueno, hasta luego...

Salió del despacho de Edwina Rice, irritado consigo mismo. Bien, a fin de cuentas, todos decimos tonterías alguna vez, y él no tenía por qué ser el único en el mundo...

¿De modo que, definitivamente, las cosas estaban tan mal para los Dreiser? Mala suerte. Porque si se veían obligados a vender sus acciones del Delicias, ciertamente no se quedarían por allí, y entonces..., ¡adiós, Elinor, amada mía!

Oscar Lang estaba de bastante malhumor cuando abrió con su llave maestra la puerta de la habitación 18, tras llamar cinco o seis veces sin hallar respuesta.

Entró.

El hedor era terrible.

Tanto que retrocedió el paso que le había llevado al interior de la habitación.

Y justo entonces, en la penumbra que ocasionaba la persiana casi cerrada, distinguió el cuerpo en el suelo, casi en el centro de la habitación.

CAPÍTULO III

—Por supuesto, no ha tocado usted nada —dijo Hellman.

—Escuche, *sheriff*...

—De acuerdo, de acuerdo. No se enfade, muchacho. Sólo póngase en mi lugar.

—Está bien.

Desde luego, no era agradable ponerse en el lugar del *sheriff*, que generalmente llevaba una vida más bien tranquila y rutinaria en Marathon; casi nunca sucedían cosas importantes. Y ahora se encontraba con dos asesinatos en las manos...

Pero tampoco era agradable la posición actual de Oscar Lang, detective privado: habían asesinado a balazos, poco menos que ante sus narices, a un hombre. ¡Vaya un prestigio para su carrera de investigador! Todo el día dando vueltas por el Tingler, enterándose de todo, metiendo las narices en todas partes, desde la cocina a la azotea, y le matan a un cliente a balazos sin que él se entere de nada. ¡Adiós oficina de Gulf Terrace Avenue! En cuanto a Elinor Dreiser, ya no era como una estrella lejana, sino como una galaxia de otro universo.

Con todo, lógicamente, lo más lamentable era la muerte de una persona.

—Entonces, todo está igual —dijo Hellman, tras unos segundos de sombrío silencio—; la ventana entornada, el señor Crawford en el suelo tal como lo encontró, el cartelito en la puerta...

—Todo está igual. Ni siquiera me acerqué demasiado al cadáver. Ya se habrá dado usted cuenta de que no hacía falta acercarse para saber que estaba muerto.

—Sí. Huele a muerto desde una milla.

—No tanto —gruñó Oscar—. Pero sí en cuanto abrí la puerta.

—Sí... Bueno, veamos qué dice el forense.

El forense, que había sido llamado rápidamente de nuevo, acudía hacia ellos, moviendo la cabeza.

—¡Qué sé yo...! —masculló—. Por lo menos lleva muerto veinticuatro horas. Seguramente, más. La verdad es que con éste no me atrevo, por el momento, a dar una opinión tan siquiera. Tendremos que esperar, Rupert. ¡Vaya día...! Dos autopsias nada menos...

—Tiene que llevar muerto más de veinticuatro horas —dijo Oscar—. No creo que lo matasen después de las diez de la mañana de ayer.

—¿Por qué no? —inquirió Hellman.

—Usted ya sabe que acostumbro a madrugar... Ayer, poco más tarde de las siete, pasé por aquí. El cartelito ya estaba puesto. Lo que significa que lo mataron antes de las siete de la mañana...

—Entiendo. El asesino vino aquí, mató al señor Crawford, puso el cartelito, y se fue. Y eso, antes de las siete de la mañana.

—A mí me parece lógico —refunfuñó Oscar.

—Y a mí también. Vamos a suponer que lo mataron durante la noche... ¿A qué

hora se retiró a su habitación anteanoche el señor Crawford?

—Hacia las once.

—Entonces, podemos situar la hora de la muerte entre las once de anteanoche y las siete de la mañana de ayer. Sí, en plena noche. Cabe suponer que le dispararían con silenciador.

—Eso es evidente —dijo Oscar, de mal talante—. Tres disparos en la noche son más que suficientes para despertarme. Si no los oí, fue porque utilizaron silenciador.

—Lo que nos lleva a dar a este asunto un cariz francamente desagradable. Y preocupante. Un homicidio, puede cometerlo cualquiera en un caso de ofuscación... Pero en este instante se ha procurado un silenciador. Simplemente, saca la pistola del bolsillo o del bolso, de un cajón, etcétera, y dispara. Ahora bien, si ya viene provisto de silenciador es que la cosa ha sido premeditada. Y a la gente que anda por ahí con pistolas provistas de silenciador no son precisamente... homicidios pasionales, casuales, o algo parecido. ¿Está de acuerdo, muchacho?

—Creo que sí —asintió Oscar.

—Bueno, al menos esta vez tendremos una pista, ¿eh?

—¿Las balas de la pistola? Sí, Balística hará un buen trabajo, es de esperar. Pero encontrar la pistola ya no será tan fácil...

—No, no lo será —gruñó Hellman—. Pero quizá lo consigamos con su ayuda.

—¿Con mi ayuda?

—Me atrevo a tener la esperanza de que si alguien del hotel tiene una pistola; usted lo sabrá.

—¿Por qué habría de saberlo? —Protestó Oscar—. Lo sabría si la persona en cuestión andase por ahí con el arma encima: tengo vista de lince para eso. Pero no es mi obligación registrar equipajes de clientes, ni de los empleados del hotel. De modo que sólo conozco dos personas que tengan armas aquí: Edwina y yo.

—Sé muy bien que Edwina tiene una pistola en su caja fuerte del despacho; yo mismo le procuré la licencia. Pero... ¿se la imagina usted asesinando a alguien?

—Claro que no. ¿Cree que yo sí que podría hacerlo?

—Poder, podría, pero no tiene usted vena de asesino. De los que se trata, muchacho, es de asegurarse que esas dos pistolas están en su sitio, y de que no han sido disparadas. ¿Comprende?

—Eso es más razonable. Puede echar un vistazo a mi arma cuando quiera.

—Ahora mismo.

—Voy a buscarla...

—No. Subiré con usted.

No hubo problemas. El arma de Oscar Lang, una Walker del nueve largo, estaba en un cajón del armario de su habitación, en su funda, desprovista del cargador, que, por otra parte, estaba completo. Casi se podía decir que estaba polvorienta.

La de Edwina Rice estaba más en uso que la de Oscar, por decirlo de alguna manera: sin funda, reluciente, iba de un lado a otro de la caja cada vez que la señorita

Rice tenía que remover su contenido de la caja en busca de algo o para depositar algo.

—Me he acostumbrado tanto a verla —dijo Edwina—, que ya la miro como si fuese un broche, una pitillera, o algo así.

Hellman, que había examinado el arma pasando un bolígrafo por el guardamonte, la dejó sobre la mesa. No había sido disparada, al parecer. Aunque, claro, después de tantas horas, esto era imposible de determinar, pues el arma podía haber sido limpiada a conciencia, y ya no quedarían rastros de disparo alguno. De todos modos, la caja fuerte no era la destinada a guardar objetos de valor, pasaportes o dinero de los clientes del hotel, sino la privada del despacho de Edwina, lo que hacía muy difícil pensar que el acceso a ella fuese probable.

Pero todavía hubo más, cuando el forense apareció buscando a Hellman y le mostró una bala dentro de un pañuelo.

—Me pareció que podía hacer esto para ayudarle a hacer la investigación —dijo—. He extraído esta bala. Sólo una, pero está claro que las otras dos serán igual, ¿no?

—Por lógica —asintió Hellman; miró a Oscar—. ¿Qué le parece a usted, Lang?

—Yo diría que es de una treinta y ocho.

—Sí, lo es, estoy seguro de que lo es. Y puesto que usted tiene un nueve largo y la de Edwina es una veintidós, se jodió el invento por este camino. Tendremos que seguir buscando. ¿Sabe, Pinkerton?, no voy a poder prescindir de su ayuda.

—¿Por qué?

—Aunque le hayan metido un muerto en la nariz, usted tiene buenos ojos. Y supongo que una memoria de elefante. Tendrá que recordar con quién habló Hamilton Crawford, y si alguien parecía molesto con él, o él con alguien... ¿Lo cree posible?

—¿Alguien del hotel, quiere decir?

—Hombre, claro.

—Eso es una ingenuidad. Vamos, *sheriff*... ¿Usted cree que una persona que tiene premeditado asesinar a otra persona va a venir a alojarse al mismo hotel y a charlar con ella, a dejarse ver con la futura víctima?

—Acaba de darme usted una patada en los huevos —gruñó Hellman.

—Lo siento —sonrió Oscar.

—De todos modos, tampoco sería cosa fácil para el asesino entrar en el hotel entre las once de la noche y las siete de la mañana, dispararle a Crawford, y marcharse tan ricamente tras colocar el cartelito de «No molesten». Esto sería mucho más fácil para alguien que estuviese dentro del hotel.

—Una persona que se provee de silenciador, y que tiene agallas para meter tres balas en el cuerpo de otra, seguramente sabrá cómo hacer esas cosas, ¿no le parece?

—O sea, que usted insiste en que fue alguien que vino de fuera.

—Sólo digo que es lo más probable. No lo más fácil, pero sí lo más probable..., y casi me atrevería a decir que lógico. Quizá vino de muy lejos; posiblemente del mismo sitio de donde vino Hamilton Crawford.

—¿De dónde vino él?

—De Nueva York.

—¡Me ca...! ¡Pues nos vamos a divertir...!

—La policía de Nueva York le ayudará.

Rupert Hellman soltó un bufido. ¡La policía de Nueva York! Sí, seguramente le ayudarían, le facilitarían todos los datos que él fuese pidiendo; pero era un modo de trabajar ingrato, molesto y contraproducente. No hay nada como la investigación en directo, realizada por uno mismo, con los propios ojos y oídos. Y con la intuición. Hellman, que por otra parte nunca se las había visto tan serias, estaba acostumbrado a trabajar de ese modo, tipo artesanal. Tener que comenzar a pedir informes de Crawford y de Orlando Vázquez a la policía de Nueva York, y quizá al FBI, era como meterlo dentro de un torbellino.

—Pero habrá que hacerlo —masculló—. Aunque nosotros no vamos a quedarnos esperando con los brazos cruzados. Maldita sea, Pinkerton, ¿por qué no echó ayer mismo un vistazo a la habitación 18?

—Porque los clientes del hotel tienen derecho a hacer lo que les dé la gana en su habitación —gruñó Oscar—. Y si el señor Crawford venía cansado de Nueva York y quería pasarse todo un día durmiendo, era cosa suya.

—Por favor, no discutan —pidió Edwina—. ¡Bastante mal están ya las cosas para todos! Es todo tan extraño... Aquí nunca había pasado nada importante, y de pronto, se comenten dos asesinatos..., que naturalmente, van a perjudicar tanto al Delicias como al Tingler...

El forense, Hellman y Oscar se quedaron mirándola.

—¿Quiere decir —murmuró Hellman— que relaciona un caso con otro, Edwina?

—¿Eh? —se sorprendió ella—. Oh, no, claro que no... Bueno, no he querido decir eso, sólo que...

—¿Y por qué no? —Parpadeó como furiosamente el *sheriff*—. ¿Por qué no, después de todo? Es cierto, nunca pasa nada, y de pronto asesinan a dos hombres. ¡Podemos pensar que no ha sido casual, desde luego!

—Eso implicaría, de momento, relacionar al señor Crawford con Orlando Vázquez —dijo Oscar.

—¿Y por qué no? Los dos estaban aquí, pudieron verse sin que nadie se percatase de ello... Vázquez era camarero, ¿no?

—Sí, pero...

—¿Servía en las habitaciones?

—Sí, claro.

—¿Podríamos saber si Crawford hizo algún pedido al servicio del hotel? ¿Se toma nota de ello? *Whisky*, café, quizá algo de comer, cigarrillos...

—Todo se anota, desde luego —asintió Edwina—, para cargarlo a la cuenta del cliente. ¿Quiere que vaya a mirarlo?

—Sí, por favor. Y tráigame a esa pelirroja, la señorita Mumford...

—Está esperándome para ir al depósito... Bueno, ya no vamos, a ir. ¡Esto es

terrible, no entiendo lo que pasa!

—Lo resolveremos, Edwina —dijo firmemente Hellman—. ¡Le doy mi palabra!

Edwina Rice salió del despacho. El forense se despidió, pues tenía mucho trabajo que hacer. Hellman y Oscar quedaron solos, en silencio... Seguramente, era la única dependencia del hotel donde había silencio, pues en el resto del edificio reinaba la confusión, la inquietud, la curiosidad, todo el mundo hacía preguntas e iba de un lado a otro, preferentemente a ver si podían echar un vistazo a la habitación 18, donde los servicios técnicos de la policía estaban trabajando de nuevo.

—A mí sí que me han dado una buena patada en ese sitio —dijo de pronto Oscar—. Después de esto, nadie va a confiar en mí para contratarme. ¡Maldita sea mi estampa!

—Tómesele con calma, Pinkerton: pueden exigirle que sea un buen detective, pero no adivino. ¿Cómo demonios debía de saber lo que iba a suceder?

Edwina Rice regresó con la noticia de que Hamilton Crawford no había pedido nada a su habitación. Pero llegó acompañada de Carol Mumford, a la que Hellman contempló amablemente.

—Señorita Mumford; ¿le dijo algo Orlando respecto al señor Crawford? Alguna observación, algún comentario...

La pelirroja, que mostraba en su rostro las huellas de continuos llantos, miraba a Hellman con los ojos muy abiertos, como asustados. Fue evidente su esfuerzo para recordar. Por fin, movió negativamente la cabeza.

—No... No, señor...

—¿Nada de nada? ¿Ni siquiera comentaron entre ustedes el hecho de que el señor Crawford no saliera de su habitación en todo un día, por ejemplo?

—No, no. Eso no era cosa suya, además, sino del equipo de habitaciones. Todas somos mujeres. Recuerdo que una de mis compañeras dijo algo sobre el cartelito del señor Crawford, pero eso fue todo. Naturalmente, cuando vimos el cartelito de «No molesten», pues... no molestamos.

—Bueno —dijo Oscar—, de todos modos, no ha de ser forzoso que Vázquez y Crawford estuviesen relacionados. Eran personas bien distintas en todo.

—Sí, así parece —se resignó Hellman—. De todos modos, no vamos a dejar de investigar sobre esa posibilidad. ¿Está dispuesto a ayudarme, Pinkerton? Usted conoce todo esto... ¿Sí, Spike?

Uno de los hombres de la investigación técnica que había aparecido en la puerta del despacho, mirando a Hellman, y a la pregunta de éste, le hizo una seña para que se acercara. Hellman lo hizo, y estuvo escuchando unos segundos al hombre, que le mostró unos papeles, los miró y farfulló algo, terminando con una imprecación. Acto seguido, sin dar ninguna explicación, abandonó el despacho de Edwina Rice, junto al llamado Spike.

Oscar frunció el ceño y salió en pos de ambos.

—¡Eh, *sheriff!* —llamó—. ¿Qué es lo que pasa?

Hellman se volvió sólo a medias.

—¡Siga buscando, Pinkerton! —dijo con tono que a Oscar le pareció triunfal—. ¡Siga buscando, muchacho, y ya cambiaremos impresiones!

Oscar Lang decidió afeitarse, finalmente, hacia la una del mediodía, pues no le gustaba sentarse desaseado a la mesa, y el almuerzo estaba esperando hacía rato.

A decir verdad, había realizado pesquisas poco convincentes. Y todo, porque tenía la certidumbre de que Hellman había conseguido algo mucho mejor que todo lo que él pudiese encontrar. Claro, Hellman no estaba obligado a tenerle al corriente, pero si pedía su colaboración, lo menos que podía hacer para corresponder era informarle de los detalles que fuesen surgiendo.

¿Qué le había mostrado el tal Spike? Papeles, desde luego. Pero ¿qué clase de papeles? ¿De dónde los había sacado Spike? ¿De la habitación de Crawford? Hamilton Crawford...

Bueno, ¿quién era en realidad Hamilton Crawford? Todo lo que sabía de él es que pretendía comprarle las acciones del Delicias a Conrad Dreiser. ¿Tenía eso algo que ver con su muerte? Absurdo. ¿O no?

¿Y Orlando Vázquez? ¿Qué había ido a hacer al Delicias? Para Oscar la cosa estaba bastante clara después de los palizones pensando: Vázquez había ido al Delicias para ver a alguien, de eso no podía haber la menor duda. Alguien que le había estado esperando fusil en mano, dispuesto a matarlo. Alguien en quien, evidentemente, Vázquez confiaba. No esperaba nada malo de aquella persona, por supuesto. Y sin embargo...

El teléfono sonó cuando los pensamientos de Oscar Lang estaban en este punto, y terminaba de ponerse la ligera chaqueta tan bien planchada por las chicas del servicio del hotel. Todas querían a Oscar Lang. Más aún: le adoraban. Incluso algunas le habían sugerido con no poca claridad lo bien recibido que sería esta noche y todas las noches en su habitación... Pero de eso nada. Oscar Lang no quería líos en su lugar de trabajo.

—¿Sí? —Contestó a la llamada—. Hola, Sally... ¿Una llamada para mí?

—...

—Pues pásamela en seguida, querida. Seguramente es el *sheriff*.

No era el *sheriff* Hellman. Oscar Lang quedó atónito cuando escuchó aquella voz. Era la primera vez que la oía por teléfono, pero jamás podría confundirla con ninguna otra.

—Se..., señorita Dreiser... ¿Es usted?

—¡...!

—¿Que tengo que ayudarla? ¿Yo a usted? ¡Con muchísimo gusto! ¿Qué puedo hacer?

—¡...!

—¿Me espera en...? ¡Voy para allá en seguida!

Colgó, corrió hacia la puerta y se golpeó las rodillas contra el borde de la cama y luego contra una butaca, y casi se dio de narices contra la puerta, y estuvo a punto de rodar escaleras abajo, y casi arrolló a un par de personas al cruzar el vestíbulo de la planta...

Cuando llegó ante la entrada del Delicias, Elinor aún no estaba allí. Apareció muy pronto, empero, y llegó con expresión de asombro.

—¿Ya está usted aquí? —exclamó—. ¡Pero si yo acabo de colgar el teléfono!

—Ya ve... ¿En qué puedo ayudarla? ¡Dígamelo!

—Quiero..., quisiera contratarle, señor Lang, si usted no tiene inconveniente.

—¿Con... tratarme...?

—Es usted detective privado, ¿no?

—Sí... Sí, claro.

—Con licencia, todo en orden.

—Sí, sí...

—Menos mal... La verdad es que en cuanto sucedió eso pensé en usted. Pensé que una persona tan amable podría...

—Señorita Dreiser, ¿qué puedo hacer por usted?

—Averiguar la verdad... El *sheriff* ha detenido a mi padre, señor Logan. ¡Y yo sé que él no lo hizo, jamás podría hacer una cosa así!

—¿Qué cosa?

—Asesinar a dos personas.

Oscar Lang quedó como si, de pronto, una enorme campana hubiese soltado un tañido tremendo dentro de su cabeza.

—Pero... ¿qué dice usted? —jadeó.

Elinor Dreiser no dijo nada más. Miraba fijamente a Oscar, que vio el inusitado brillo de sus ojos maravillosos. Y de pronto, la muchacha rompió a llorar. Oscar Lang metió las manos en sus bolsillos, las sacó luego para simular que se peinaba con los dedos, intentó tocarse el nudo de la corbata que no llevaba... y por último, pasó un brazo por los hombros de Elinor.

—Bueno, bueno —maulló—, tranquilícese, señorita Dreiser. Por favor, no llore. ¿Sabe...? ¡Ha hecho usted muy bien en contratarme, porque yo descubriré la verdad!

—Señor Lang —gimoteó ella—. Le aseguro que..., que mi padre nunca..., nunca podría...

—¡Por supuesto que no! ¡Qué majadería! Confíe en mí. ¡Ese Hellman es un idiota! Y me va a oír... ¡Vamos ahora mismo a decirle lo que se merece!

Quiso dirigirse hacia el edificio del hotel, pero Elinor lo retuvo por una mano.

—No están ahí, se... lo han llevado hace unos minutos. ¡Se lo han llevado esposado, como si fuese un asesino! Estuvieron hablando con él en su despacho, y luego lo sacaron ya esposado, y..., y... se lo llevaron. El *sheriff* me dijo que ya había permitido que papá llamara a un abogado, pero me pareció que..., que...

—¿En qué se basaron para detenerlo?

—No quisieron decírmelo. Papá me dijo que no me preocupara, que todo se arreglaría, pero yo pensé en usted y...

—¡Ha hecho bien! ¡Ha hecho muy bien! Bueno, vamos a ver a ese tonto calvo. Pediremos un taxi para...

—Oh, podemos ir en mi coche, señor Lang...

—Sí, claro... ¡Buena idea! Yo no tengo, ¿sabe?

—Sí, lo sé.

—¿Lo sabe?

—Sí.

—Bien... Bueno, vamos allá. ¡Me va a oír ese cretino!

CAPÍTULO IV

—No grite —gruñó Hellman—. No soy sordo.

—Puede que no sea sordo —bramó Oscar—, pero sí es un..., un...

—Dígalo —sonrió secamente Hellman—. Y verá cómo también lo tendré a usted ahí dentro como invitado.

—Pero ¿está usted loco, Hellman? ¿Cómo se le ha podido ocurrir que el señor Dreiser...?

—Siéntese. —Hellman señaló dos sillas ante la mesa de su despacho—. Y usted también, Elinor. Y no me miren así, no soy ningún monstruo. ¡Y cuidado con lo que dice, Pinkerton! Puedo ser amable con usted, o echarlo de aquí a patadas... o meterlo en uno de los calabozos. ¿Está claro?

Oscar frunció el ceño.

—Sí, señor, está muy claro.

—De acuerdo, entonces. Tengan, fumen —ofreció un paquete de cigarrillos—. Y vamos a tomarnos las cosas con calma. ¿Realmente le parezco a usted un pobre tonto, muchacho?

—Bueno..., la verdad es que no.

—¿Y a usted, Elinor...? ¿Le parezco un estúpido y un mal amigo? Porque a poco que piense, recordará que desde que ocupé este puesto, su padre y yo hemos sido buenos amigos, y lo he demostrado en más de una ocasión, digamos... encauzando algunas denuncias contra el Delicias... ¿Sí o no?

—Sí... Es cierto.

—Entonces, ¿por qué demonios me trae usted aquí a este mentecato aullador?

—La señorita Dreiser me ha contratado para que investigue la verdad, *sheriff* —masculló Oscar.

—¡Ah! ¿La verdad? Bueno, Conrad tiene ya junto a él a un abogado, con el que está conversando en estos momentos. Y eso es justamente lo que él necesita: un abogado, no un detective privado. En primer lugar, porque si hay algo que investigar aquí, yo lo haré. En segundo lugar, porque ya lo he hecho, y lo que he descubierto ha sido más que suficiente para detener a Conrad Dreiser. ¿Entendido?

—Le agradeceríamos que nos informase de lo que ha descubierto usted —pidió mansamente Oscar.

—Eso está mejor. A ver si sabe usted qué es esto, Lang.

Hellman se puso en pie, se acercó a un fichero metálico y de encima tomó una gran caja de cartón, que fue, a depositar sobre su mesa. Retiró la tapa y señaló el interior de la caja. Oscar y Elinor se incorporaron para mirar.

Dentro de la caja había dos papeles y un «Colt» del 38. Oscar parpadeó..., mientras Elinor lanzaba una exclamación.

—¡Es el revólver de mi padre!

—En efecto —asintió sombríamente Hellman—. Y esos dos papeles también son

de él. Es decir, están firmados por él... Son dos pagarés, extendidos a nombre de Hamilton Crawford y firmados por su padre. Cada uno de ellos por diez mil dólares. ¿Reconoce usted la letra y la firma de su padre, Elinor?

—Sí... ¡Oh, Dios mío, sí...!

—La pistola estaba en su sitio, es decir, en el cajón de su mesa de despacho donde suele tenerla su padre...

—¿Cómo se le ocurrió a usted mirar allí? —musitó Oscar.

—Yo no miré allí, Lang. Simplemente, recordé que Conrad tiene una licencia de armas para un revólver del treinta y ocho, y puesto que a Crawford le mataron con un arma de esas características, fui a pedírsela a Conrad Dreiser. Pero eso fue después de que Spike me entregara estos dos pagarés, que él y su equipo acababan de encontrar en la habitación de Hamilton Crawford, en el forro de una maleta. Hasta entonces, ni por asomo se me ocurrió sospechar de Conrad. Es más, ni siquiera habría recordado tan pronto que él tenía un treinta y ocho.

Oscar se dejó caer de nuevo en la silla, igual que acababa de hacerlo Elinor.

—¿Qué dice el señor Dreiser de esos pagarés? —Ha admitido que, en efecto, tuvo contactos con el señor Crawford hace unos meses, en Miami, y que éste le prestó esas dos cantidades de dinero, a la espera de llegar a un acuerdo sobre la transacción de las acciones del Delicias...

—¿Y el revólver... estaba recién disparado...?

—¿Recién disparado? Claro que no estaba recién disparado, pues Crawford murió hace cuarenta y ocho horas por lo menos. Pero, muchacho, eso no significa demasiado. El arma tenía la carga completa y estaba perfectamente limpia. Ahora bien, en cuarenta y ocho horas se puede hacer mucho más que, simplemente, limpiar el revólver y reponer tres cartuchos gastados. ¿O no?

—Ahora que lo pienso, en la habitación de Crawford no encontramos casquillos de balas...

—Son fáciles de recoger, ¿verdad? Pero no crean que estoy actuando a tontas y a locas: Balística dirá la última palabra. Mientras tanto, hay algo que precisamente resulta sospechoso en este revólver: estaba demasiado limpio. Lo hemos examinado en primera instancia, y no tiene ninguna huella dactilar. Ni siquiera las de su propietario. ¿Cree usted, Lang, que si examinamos su pistola no encontraremos en ella ninguna huella de usted?

—Supongo que a montones —murmuró Oscar.

—Eso sería lo normal. En cambio, todo lo que no sea normal, es sospechoso, ¿no está de acuerdo?

Oscar asintió en silencio, mirando de reojo a Elinor, que estaba pálida.

—Y otra cosa: los pagarés. Elinor, ¿cómo van las cosas en el Delicias?

—Mal... Muy mal. Debido a todas esas cosas que molestan a los clientes, cada vez tenemos menos y...

—Ah, esas cosas que molestan... ¡Otro detalle! ¿No es cierto que hace dos

noches se disparó el claxon de uno de los coches estacionados en su hotel? Era el coche de un cliente, que bajó a parar el escándalo... ¿No ocurrió así?

—Sí... Así ocurrió...

—¿Sabe usted qué hora era cuando ocurrió eso? Yo se lo diré: eran las tres de la madrugada. Aquel claxon armó un escándalo de mil demonios, a esa hora. Lang, ¿admitiría usted que Hamilton Crawford pudo ser asesinado a las tres de la madrugada?

Oscar emitió algo parecido a un gemido, y dejó caer la cabeza sobre las manos, apoyando los codos en las rodillas. Hellman aspiró profundamente.

—Veo que ha comprendido... En efecto, con aquel escándalo del claxon, bien se pudo disparar una treinta y ocho tres veces sin que se oyeran los disparos, o al menos digamos... diferenciados de todo el escándalo conjunto. Lo que explica que ni usted ni nadie oyese los disparos: estaban oyendo el maldito claxon, seguramente estaban maldiciendo, protestando... ¿Está de acuerdo con esa... posibilidad?

Oscar alzó la cabeza.

—Sí —murmuró.

—De acuerdo, entonces. ¿No se pregunta cómo pudo entrar Conrad Dreiser en el Tingler a las tres de la madrugada... sin que nadie le viese?

—¿Orlando Vázquez?

—Orlando Vázquez, exactamente. Recordemos que la señorita Mumford dijo que él se había marchado o solía hacerlo hacia las dos y media de la madrugada. Fue algo así, ¿no? De modo que a las tres, Orlando Vázquez pudo ayudar a Conrad a entrar discretamente en el hotel Tingler. La señal bien pudo ser el sonido del claxon que Conrad Dreiser pudo provocar, o bien quizá el propio Orlando le ayudó en eso. Como quiera, la posibilidad de aprovechar aquel estruendo para disparar tres veces, existe. Luego, cuando el cliente del Delicias bajó a detener el claxon, Crawford ya estaba muerto. Lo demás fue fácil. Incluso lo de matar a Orlando Vázquez.

—Vamos, Hellman... ¡Está describiendo usted a un..., a una personalidad asesina que en modo alguno puede encajar con el señor Dreiser!

—Ése es su punto de vista, muchacho. Puede que yo no sea tan listo como usted, pero las he visto de todos los colores. No aquí, sino cuando estuve patrullando de noche en Nueva Orleans, hace años... Mire, sólo le diré que todo es posible. ¿Lo de Vázquez? Bueno, sobre esto podemos hacer distintas cábalas. Una de ellas, que Vázquez no sabía que Crawford había muerto, quizá pensó que Conrad Dreiser sólo había querido hablar en secreto con él; pero es poco probable, ¿no le parece? Habida cuenta del truco del claxon, Vázquez tuvo que saber la verdad. ¿Por qué ayudó Vázquez a Dreiser? Pues, obviamente, por dinero, o por grandes promesas en cuanto los asuntos de Dreiser marcharan mejor. Pero, claro, Orlando Vázquez era un peligro, una amenaza constante para Dreiser. Así pues, éste lo citó para aquella madrugada en el cobertizo, y...

No dijo más.

Ni era necesario.

Oscar movió la cabeza.

—Según parece, el señor Dreiser es tonto —sugirió.

—No ha demostrado ser demasiado listo, desde luego. Pero ¿por qué dice usted eso?

—Pudo muy bien matar a Orlando en cualquier otro sitio, o, cuando menos, hacer desaparecer el cadáver... Sólo tenía que meterlo en una de las barcas, llevarlo mar adentro, y enviarlo al fondo bien lastrado.

—Sí, ya he pensado en eso.

—¿Entonces...?

—Bueno, yo creo que es muy peligroso manejar un cadáver, muchacho; siempre se corre el riesgo de ser visto por alguien. Puede ser un trasnochador o un madrugador, o una persona con insomnio, o alguien que esté de servicio en la policía, en el hotel, en el mar, o paseando, o... Siempre hay ojos que ven. Así que era más práctico dejar a Vázquez en el cobertizo y crearle un acertijo a la policía; un acertijo que se complicaría más cuando Crawford fuese hallado muerto. ¿A quién se le va a ocurrir que una persona mate a otra y la deje dentro de su propia casa? En eso confiaba Dreiser para no levantar sospechas. Y seguramente, ni habría pensado en él ni en sus revólveres si Spike no hubiese encontrado los pagarés...

—Los pagarés —alzó un dedo Oscar—. ¿Cómo no se le ocurrió al señor Dreiser buscarlos?

—Quizá lo hizo, pero no pudo encontrarlos. Estaban en el forro de una maleta, recuerde. Si, seguramente estuvo buscándolos un buen rato... Es decir, mientras hubo luces encendidas tras el asunto del claxon que se disparó. Luego, cuando todas las luces se fueron apagando de nuevo en las habitaciones, quizá él tuvo un poco más de tiempo encendida la de Crawford, pero finalmente comprendió que si seguía más tiempo así podía llamar la atención, así que tuvo que irse sin los pagarés..., pensando, quizá, que era posible que Crawford no lo hubiese traído, o, en definitiva, que Crawford temía algo y que, precisamente, los había escondido. Mala suerte. Pero tenía que irse. Y se fue. Al día siguiente es posible que Vázquez le importunara, posiblemente por teléfono..., o simplemente él lo citó para la mañana siguiente a las seis, en el cobertizo. ¿Todo esto le parece descabellado, teniendo en cuenta que disponemos de los pagarés y del revólver 38 que Balística, sin duda, demostrará que fue el que se utilizó para matar a Crawford?

—No sé... Pudo utilizarlo otra persona, ¿no?

—¡Vamos, Lang...! ¡Déjese de argumentos policíacos! Esto es la realidad, ¿comprende, muchacho? ¡Otra persona! Mire, si otra persona hubiese utilizado el revólver... ¿Lo habría limpiado y repuesto los cartuchos gastados? ¿O lo habría manejado con mucho cuidado, posiblemente con guantes, para no borrar las huellas de Dreiser ni dejar las suyas, y después lo habría dejado de nuevo en el cajón, sin limpiar, con las huellas de Dreiser, con tres balas menos...? ¿Qué haría usted en un

caso así, si quisiera inculpar al propietario del revólver que usted hubiera utilizado?

Oscar Lang no contestó. No había nada que contestar. Hellman miró a Elinor Dreiser.

—¿Sabía usted que su padre debía esos veinte mil dólares a Hamilton Crawford?

—No... Bueno, debamos algunas cosas, pero no..., no sabía nada de esto. Supongo que papá no quiso... preocuparme con más deudas.

Rupert Hellman asintió. De pronto, pareció ablandarse, suavizarse.

—Lo siento de veras, Elinor. ¡Le juro que lo siento! Pero yo no podía hacer más que lo que he hecho...

Elinor tragó saliva y miró tímidamente a Oscar.

—Bueno, yo..., yo siento haberle molestado, señor Lang...

—¿Qué le pasa? —Respingó Oscar—. ¿Acaso ahora sí cree que su padre hizo todo eso...?

—No... ¡No! Pero si las cosas están así, no creo que usted pueda...

—¡Deje que sea yo quien decida lo que puedo o no puedo hacer, maldita sea mi estampa! —Bramó Oscar—. ¡Demonios, una persona honrada no hace esas cosas así como así de la noche a la mañana! ¿No se le ha ocurrido pensar en eso, *sheriff*?

—Sí —admitió éste—. Pero, Lang, ya le he dicho que las he visto de todos los colores. Las personas somos... imprevisibles, muchacho, se lo aseguro. Incluso las más pacíficas y honradas...

—Se lo plantearé de otro modo —farfulló Oscar—. ¿Realmente se imagina usted al señor Dreiser entrando en la habitación de Crawford y disparando contra éste en cuanto, se puso en pie y lo tuvo a tiro? ¿Y realmente se lo imagina esperando a Orlando Vázquez en el cobertizo, fusil en mano..., y disparándole un arpón a la garganta y clavarlo en la pared? ¿Se lo imagina, Hellman?

—Los hechos son los hechos.

—De acuerdo. ¿Podemos ver al señor Dreiser?

—Está con su abogado ahora.

—Pues esperaremos. ¿Podemos?

Hellman titubeó, pero leve y brevemente.

—Está bien, claro que sí. Pero se lo advierto, Pinkerton: si me complica la vida, lo encerraré también a usted. ¿Okay?

—Okay. ¿Será complicarle la vida pedirle que me diga los resultados de las dos autopsias, de Balística y de Huellas...?

—¿Y no quiere que le invite a cenar mientras le explico todo eso? —Gruñó Hellman.

—No. Tengo la cena gratis en el hotel. ¿Lo hará?

—Ya veremos. Pero puedo adelantarle algo: no había huellas en el fusil submarino que se utilizó para dispararle el arpón a Orlando Vázquez; ni en el arpón mismo. Igual que en el 38, ¿comprende?

—Claro que lo comprendo —masculló Oscar—. La señorita Dreiser y yo

esperaremos fuera el momento de hablar con el señor Dreiser.

—No —negó serenamente Conrad Dreiser—, claro que no hice todo eso, señor Lang.

—Sin embargo, todo parece indicar que es así.

—No lo hice. Y le advierto que aunque mi hija le haya contratado, temo que no podremos pagar ni siquiera sus servicios, que, por otro lado, y sin querer ofenderle, me parece que no servirán de nada. Si la policía ha encontrado todo esto, es que la cosa está muy bien montada.

—¿Montada?

—Es evidente que alguien ha pretendido hundirme..., y lo ha conseguido.

Oscar Lang frunció el ceño.

—Pero el 38 es suyo, señor Dreiser. Y le debía usted ese dinero a Hamilton Crawford, ¿no es cierto?

—Sí, eso es cierto. Tuve la mala suerte de conocerlo casualmente en Miami, y charlando salió el tema de las inversiones... Bueno, me pareció entonces un hombre amable y con ganas de invertir dinero. Le expliqué cómo estaban las cosas en el Delicias, que pensaba remontar la situación, y él me prestó dinero. Luego, cuando necesité más, lo llamé por teléfono a Nueva York, y también se avino a prestarme otra cantidad. Y por último, se presentó en Marathon, me llamó desde el Tingler y me dijo que quería liquidar la deuda, o bien, adquirir la mayoría de las acciones del Delicias, lo que no sólo me serviría para salvar la deuda, sino que me habría dejado en una situación desahogada.

—Y usted se negó.

—Lo estaba pensando.

—¿Quiere decir que todavía no había respondido negativamente a Crawford... de un modo definitivo?

—Exacto. Lo estaba pensando. Creo, de todos modos, que le habría dicho que no aceptaba su solución.

—¿Cuál habría utilizado entonces? ¿Le habría pagado sus veinte mil dólares, señor Dreiser? ¿Habría afrontado usted todas las deudas restantes?

—Creo que sí.

—¿Con qué dinero?

—Ya me las habría arreglado.

—Quizá sí. Pero el hecho cierto es que está detenido, y que todo eso dificulta las cosas. Por muy optimistas que queramos ser, la situación del Delicias está francamente mal..., y no digamos la de su hija, señor Dreiser, si a usted lo sentencian culpable de dos asesinatos, ¿qué pasará entonces?

—No lo sé, con suerte ella, que es propietaria de una cantidad de acciones decisiva, tendrá que venderlas..., y marcharse lejos de aquí, claro está.

—No es un porvenir muy agradable.

—No, no lo es. Otra cosa sería si ella, por su parte, pudiese conseguir cien mil dólares para pagar las deudas. En ese caso, el hotel seguiría estando bajo su dirección, al conservar las acciones mayoritarias. Pero de todos modos no creo que le resultase conveniente quedarse por aquí. —Conrad Dreiser miró a su hija, y casi consiguió sonreír—. Lo siento, Eli, querida.

—¡Oh, papá...! ¡Sé que tú no lo hiciste!

—No lo hice —sonrió del todo Dreiser—, pero veamos si tu guapo detective privado consigue demostrar eso. A decir verdad, casi me parece más fácil conseguir los cien mil dólares... ¿Los tiene usted, señor Lang?

—¿Yo? ¿Qué? ¿Cien mil dólares? Pu... pues no... No. ¡Maldita sea mi estampa, no los tengo! Llevo un tiempo ahorrando, pero no tengo esa cantidad, lo siento. Aunque quizá podría conseguirla... Quizá. De todos modos, eso no es lo importante. Lo importante es demostrar que usted no asesinó a nadie, señor Dreiser.

Conrad Dreiser no contestó. Se quedó mirando fijamente a Oscar, igual que Elinor. No parecía que hubiese mucho más que hablar. Oscar Lang se puso en pie, y Elinor le imitó. Dreiser permaneció sentado en la litera de la celda, cabizbajo.

—Papá...

El preso miró a su hija.

—Todavía no está todo perdido —murmuró—. Rupert aún tiene que obtener muchos informes, cotejar datos, asegurarse de algunos detalles... ¡Tiene que llegar a la conclusión de que yo no lo hice!

—Adiós, señor Dreiser —murmuró Oscar.

CAPÍTULO V

Edwina Rice estaba atónita escuchando a Oscar Lang. Por fin, exclamó:

—¡Cien mil dólares! ¡No está usted hablando en serio, Oscar!

—La verdad es que sí, señorita Rice.

—Bueno, pues no... ¡No pienso hacerlo! ¿Por qué tendría que prestarle cien mil dólares a esa orgullosa?

—Sé muy bien que el Tingler funciona estupendamente, y que usted tiene ese dinero.

—Desde luego que lo tengo, pero no lo he ganado para ponerlo ahora en manos de otras personas. ¡Vamos, Oscar...! Sea sensato. Me pide usted que exponga cien mil dólares nada menos, que los... juegue a un caballo perdedor. Ese hotel, el Delicias, está acabado. Y sus propietarios están empeñados seriamente. ¿Qué garantías tendría yo de recuperar mi dinero?

—Pensé que, pese a la rivalidad, usted y los Dreiser no se llevaban mal.

—¿Quién ha dicho que nos llevemos mal? Los dos son bastantes orgullosos, nunca me han tenido en consideración.

Y ahora que todo les va mal, usted viene a pedirme un préstamo para ellos. ¿No le parece incluso gracioso?

—En absoluto.

—Está bien, no es gracioso... ¡Pero no les prestaré nada!

Y menos, sin garantías suficientes. Vamos, usted es un muchacho inteligente. Póngase en mi lugar..., no en el de usted, que seguramente está encandilado por esos bonitos ojos azules..., sino en mi lugar. ¿Les prestaría el dinero?

—No lo sé.

—Oscar, no quiero ser dura con usted; ni siquiera antipática. Pero tengo que decírselo: han matado a un hombre en nuestro hotel, y eso puede traernos complicaciones. No legales, pues está bien claro que nosotros no hemos tenido ninguna culpa, sino complicaciones económicas. El Delicias ya estaba en una situación crítica. Ahora, también el Tingler presenta... anomalías, de cara al público. ¿Sabe qué puede ocurrir? ¡Pues que nadie venga ya ni al Tingler ni al Delicias! Y usted me pide cien mil dólares... para tirarlos por la ventana. No, lo siento. Ahora bien, si esa chica me presenta algunas garantías, podemos estudiar el asunto. Y fíjese bien que sólo digo que podemos estudiar el asunto, no solucionarlo de modo inmediato.

—No deja de ser un apoyo moral —torció el gesto Oscar—. Se lo diré a la señorita Dreiser.

—Dígale que puedo comprarle esas acciones suyas o algo así. Pero de prestar bonitamente, nada. Lo siento, Oscar.

—No creo que lo sienta —murmuró Oscar Lang.

—¿Y qué le contestó ella?

—Bueno, me dijo que no era un ángel benefactor, sino una mujer de negocios.

Elinor asintió, y permaneció en silencio. Se quedaron los dos mirando el mar, tan cercano, sentados en uno de los bancos del jardín playero del Delicias. No había nadie más que ellos allí. Algunos clientes habían pedido ya la cuenta, y estaban esperando tan sólo que Rupert Hellman los autorizase a marcharse. Los que todavía quedaban en el hotel, estaban rumiando la conveniencia de cambiarse a otro. Seguramente no estaría en un lugar tan privilegiado como el Delicias, tan recoleto, tan discreto, tan románticamente elegante y señorial, pero no tendrían problemas con el agua caliente, con la electricidad, con la refrigeración, los claxons o los clientes alborotadores. Y, a fin de cuentas, sólo tendrían que desplazarse unos cientos de metros en el mismo Marathon Kev. Valía la pena perder un poco de intimidad y romanticismo para conseguir mayor confort y tranquilidad.

Frente a ellos estaba el mar, manchado de luz lunar. Detrás, las luces del hotel, y de la localidad de Marathon, salvada la pequeña península que era llamada Tingler Island. Elinor se había quitado los zapatos, de modo que sus pies descansaban directamente sobre la arena.

—Ella tiene razón —dijo de pronto—. No tiene por qué ser mi ángel salvador... Ni usted tampoco, señor Lang.

—¿Quiere que abandonemos?

—No. ¡Dios mío, no...! Pero no por la cuestión en realidad, esa parte es la única que me preocupa de verdad.

Oscar iba a contestar, pero presintió una presencia tras ellos. Volvió la cabeza, y distinguió en la penumbra del jardín con palmeras y arbustos de flores una silueta que identificó en seguida. A los pocos segundos, Rupert Hellman llegaba ante ellos. Se plantó de modo que ambos pudieron ver su rostro resplandeciendo a la luz que llegaba del edificio del hotel, y movió negativamente la cabeza.

—No hay antecedentes de ninguna clase sobre Orlando Vázquez —dijo—. Hamilton Crawford, de Nueva York, era un tipo listo, que se dedicaba a prestar dinero con intereses bestiales, claro está, pero eso es todo. Nada de huellas que cambien la teoría. Las autopsias no han aportado tampoco nada nuevo: Orlando Vázquez falleció esta mañana hacia las seis, y Crawford anteanoche, hacia las tres de la mañana, lo que confirma mi teoría del claxon. En cuanto a Balística, ha confirmado que las balas que mataron a Crawford salieron del 38 de su padre, Elinor. Las cosas no pueden estar peor.

—Usted tampoco cree que el señor Dreiser lo hiciera, ¿no es así, *sheriff*? —preguntó Oscar.

—Lo que yo crea no importa nada, Pinkerton. Yo soy el *sheriff*, no un afortunado detective privado que está ahora a la luz de luna con la chica que le ha sorbido el seso, convertido en su caballero valiente y salvador. ¡En mi sitio quisiera verlo,

muchacho!

Se fue, refunfuñando. Oscar Lang maldecía mentalmente la charlatanería de Hellman, pero con la esperanza de que Elinor Dreiser no hubiese estado atenta a todas sus palabras.

Esperanzas vanas.

—¿Yo le he sorbido el seso, señor Lang? ¿Qué ha querido decir el *sheriff* con eso?

—Tonterías de viejo chocho. Hellman está ya muy viejo, ¿no le parece?

—Ni mucho menos. Aún no tiene sesenta años, y yo diría que en cuanto a facultades mentales está prácticamente en su apogeo. Y lo está demostrando.

—Pues no sé... Inventos suyos. Claro, nos ha visto aquí solos, a la orilla del mar, charlando tan juntitos... ¡A saber lo que se le habrá ocurrido a ese viejo libidinoso!

—¿Es libidinoso? —rió Elinor.

Oscar sintió un millón de cosquillas eléctricas recorriendo su cuerpo al oír la risa de la muchacha.

—Qui... quiero decir que como él se... se pasa el día pensando en cosas referentes a Edwina Rice, pues debe..., debe creer que los demás hacemos lo mismo.

Elinor estuvo unos segundos en silencio, como reflexionando. De repente, miró directamente a Oscar, girando la cabeza hacia él.

—Le costó a usted mucho decidirse a decirme «buenos días, señorita Dreiser», ¿no es cierto?

—¿Eh? ¿Qué?

—Bueno —dijo ella, tomándole la mano con las dos suyas—, de todos modos quizá sea cierto que lo que más tarda en llegar suele ser lo que más vale la pena esperar. ¿No está de acuerdo?

—Pues... pues...

No supo qué más decir. Elinor le sonrió. Oscar bajó la mirada hacia las manos que apretaban la suya. Desasíó una, la pasó por la nuca de la muchacha, y la atrajo. Vio perfectamente cómo Elinor cerraba los ojos, y cómo relucían sus labios cuando los entreabrió. Oscar Lang puso su boca sobre la de Elinor Dreiser. Ella suspiró, y él tuvo la sensación de que acababan de inyectarle aire dulce; Sí, aire dulce en todo el cuerpo.

Desprendió su otra mano, y abrazó por la cintura a Elinor. Ella se abrazó a su cuello. Oscar comenzó a sentir como una serie de estampidos en su interior mientras sus labios se fundían con los de la muchacha. Sentía en una mano la tibieza de su nuca. Subió la otra, y la pasó sobre un seno de Elinor, que volvió a suspirar. Llevaba una ligera blusa, y nada más. Podía apreciar todo el contorno del turgente pecho, la forma del pezón, el calor de la carne joven y tersa...

Era como flotar rodeado de burbujas de colores que estallaban fragorosamente. Mordía suavemente los labios de Elinor, notaba la caricia de su lengua... Era igual que comer fruta fresca.

Ella separó sus labios, por fin, y musitó, junto a una oreja de Oscar Lang:

—Buenas noches, Oscar.

Cuando vino a darse cuenta, Oscar Lang estaba solo, sentado en el banco. ¿Realidad o fantasía? ¿Sueño o vivencia?

—Buenas noches, señorita Dreiser —dijo.

Pero ella ya estaba lejos.

Oscar le desabrochó la blusa, lentamente. Los senos de Elinor aparecieron, como frutos hechos con el sol y seda. Eran hermosísimos, plenos, redondos, adecuadamente grandes, tersos... ¡Eran maravillosos!

—No te quedes mirándolos como un tonto —rió ella—. ¡Vamos, Oscar, bésamelos!

Estaban frescos. Frescos, riquísimos. El pezón, gordito y tierno, sabía a gloria. ¡Y tenía *dos*! Ella gemía mientras él la besaba en los senos, en los pezones, en la garganta. Gemía, y clavaba sus deditos en su nuca, le acariciaba los hombros, el nervudo cuello... Oscar creyó que iba a enloquecer cuando lleno su boca de aquella carne fresca y hermosa. Dejó de sentir las manos de ella en su nuca, hombros, cuello... Oyó el deslizarse de algo, y, por instinto, comprendió: la propia Elinor se había desabrochado la falda, que se había deslizado hasta el suelo.

Para convencerse, bajó una mano. Tocó un muslo pleno, macizo, sensacional. Deslizó la mano más hacia arriba, y no encontró nada más en el cuerpo de Elinor. Sólo el cuerpo de Elinor. Los muslos de Elinor, rotundos, magníficos. Y los pechos.

Ella le alzó ahora el rostro con ambas manos, y hundió su boca en la de él, ávidamente. Oscar la abrazó, se apoderó ansiosamente de aquel cuerpo desnudo que palpitaba fuertemente, apretado contra el suyo.

Elinor deslizó su boquita por una mejilla de él, hasta llegar a la oreja. Entonces musitó:

—Oscar, mi vida...

Él empujó suavemente, y ambos parecieron hundirse en la mullida cama.

—Sí —susurró Elinor—. Sí, vida mía, sí...

Se produjo el abrazo, el beso largo y sofocante. Hacía mucho calor, pero no importaba. La ventana estaba abierta, había luz de luna, llegaba una agradable brisa del mar. Oscar notó en sus muslos el contacto de los de Elinor, y ella gimió dulcemente al recibir de lleno el contacto de la virilidad de él. Oscar se comportó con cautela, con delicadeza. Ella gemía, pero no de dolor, sino de placer, de amor...

El contacto fue pleno, y ella se abrazó a su cuello, y su voz fue como unas notas musicales:

—Os... car... Os... car... Os... car...

Oscar dejó caer la cabeza, y se abrazó al cuerpo que le estaba poseyendo y que se le estaba entregando totalmente, todo a la vez, todo simultáneo, todo perfecto. Y así en el abrazo total, unidos completamente del más dulce y placentero modo,

comenzaron a flotar por bellísimas regiones donde sólo había gozo...

—Oscar, soy... toda tuya, mi... amor, mi... vida...

Se produjo la explosión simultánea de ambos, y Oscar Lang creyó que salía disparado hacia los cielos, arrollado por el más grandioso placer que había experimentado en su vida...

Tac-toc, tac-toc, tac-toc, tac-toc...

Oscar Lang se sentó en la cama de su habitación en el Tingler Hotel, casi gritando. En la mesita de noche, el reloj despertador seguía emitiendo su discreta señal de llamada: tac-toc, tac-toc, tac-toc... El corazón de Oscar Lang latía como si fuese a estallar. Se notó ardiendo, cubierto de sudor, pese a que estaba completamente desnudo sobre la cama. Y solo, por supuesto. Se pasó una mano por la frente, que estaba empapada. El despertador seguía sonando, con aquella llamada tan peculiar. Lo detuvo de un manotazo, giró, y quedó sentado en el borde de la cama.

Esta vez sus sueños eróticos habían llegado demasiado lejos. Sin encender la luz fue al pequeño cuarto de baño, y se dio una ducha, para limpiarse los rastros de su sueño. ¡Había sido tan real! ¡Y el maldito despertador había tenido que sonar precisamente en aquel momento! Aunque esto no era justo: el reloj había sonado a la hora que él había puesto. Era él quien podía haber adelantado un poco el sueño en el que poseía a Elinor. ¡Qué real había sido...! Bueno, había sido un sueño..., ¡pero el sueño más real de su vida! Eso.

Salió del baño, y se sentó de nuevo en el borde de la cama. En la semioscuridad relucían las agujas del reloj: las tres de la mañana. También su reloj de pulsera sumergible señalaba la misma hora.

Okay.

Era el momento. Nadie le molestaría.

Se puso unos pantalones oscuros y una camisa marrón. Salió de su habitación, y bajó al piso inferior. No había nadie allí. Volvió a subir, se deslizó al fondo del pasillo, y sacó la llave maestra del bolsillo. Segundos más tarde, entraba en la habitación de Orlando Vázquez. Cerró tras él, y fue a cerrar completamente la ventana. Luego, todavía a tientas, buscó la cama, retiró la sábana de encima, y fue a colocarla en el dintel de la puerta, abajo, apretándola. Por fin, encendió la luz, convencido de que nadie podría verle desde fuera, ni en el pasillo ni por la ventana.

Muy bien.

Ya estaba en la habitación de Orlando Vázquez.

¿Y ahora?

Pues, ahora, Oscar Lang se fue directo al armario del pequeño cuarto, lo abrió, y acto seguido, sin vacilar, tiró de uno de los cajones destinados a guardar ropa interior.

Y en efecto, allí estaban.

Las dos braguitas de mujer.

Las dos braguitas de mujer que había recordado, sin más ni más, poco antes de dormirse, y que, posiblemente, habían aumentado sus instintos eróticos de modo que

había tenido aquel sueño tan intenso en el que intervenía Elinor. Las dos braguitas de mujer que, durante el registro que Hellman efectuó a simple vista en el cuarto, habían visto, juntos, allí, en aquel cajón, junto con prendas interiores de Orlando Vázquez. Las dos braguitas de mujer que habían hecho sonreír secamente al *sheriff* Hellman, y que habían originado su comentario:

—Al parecer, era fetichista. Supongo que la señorita Mumford tendrá más prendas de éstas, Pinkerton.

Sí señor, allí estaban. Dos. No una: dos.

Lo que Oscar estaba pensando hacer entrañaba no poco riesgo, ya que, lógicamente, los ayudantes de Hellman habrían realizado un «inventario» de todo el contenido de la habitación, y si se les ocurría repasarlo se darían cuenta inmediatamente de que faltaban las dos braguitas. Sí, era un riesgo, pero quizá tuviese tiempo de utilizarlas y volver a colocarlas de nuevo en el cajón.

Confiando en esto, Oscar Lang tomó cuidadosamente las dos braguitas y se las guardó en un bolsillo del pantalón.

CAPÍTULO VI

—Buenos, días, Oscar.

Esta vez no era un sueño. Ella acababa de llegar con el coche al lugar donde él la había citado telefónicamente, en un discreto lugar de Sombrero Beach Road; él había entrado en el coche; ella le había besado en los labios dulcemente, y luego había dicho: «Buenos días, Oscar».

Y no era un sueño.

—Buenos días, Elinor —contestó Oscar, tras el beso.

Luego la abrazó, y la besó en serio, acariciando uno de sus desnudos brazos, el hombro, la nuca... Notó cómo ella se estremecía cuando introdujo una mano por el escote de la blusa y acarició directamente su tibio pecho, y presionó la palma de la mano en el pezón... Elinor apartó su boca, con un suspiro.

—Oscar, en estos momentos...

Él la apartó un poco, y sonrió.

—No te he hecho venir para esto —negó—. No soy de los que se llevan chicas a la playa para tenerlas dentro de un coche, Elinor. Al menos, no lo haría contigo.

Ella le tomó la mano, y la colocó de nuevo sobre su pecho.

—No te enfades —murmuró—. Hace tiempo que deseaba esto tanto como tú, Oscar, pero con todo esto de mi padre... ¡Estoy tan angustiada! Casi no he dormido esta noche, pensando en lo que puede ocurrirle.

—Lo comprendo. Pero dime una cosa: ¿qué es lo que deseabas tanto como yo?

—Oh, no seas tonto —relucieron los ojos de Elinor—. *Tienes* que saberlo, Oscar. ¡No me digas que no te diste cuenta de cómo te miraba! ¡Pero si hasta el *sheriff* se dio cuenta!

—¿De qué?

—Espero que como detective seas más listo —rió Elinor. Pero de pronto su rostro se ensombreció—. Anoche me llamó el abogado de papá, Oscar; tengo que ir a verle a las diez. ¿Qué tienes que decirme?

Oscar asintió. Sacó del bolsillo las dos braguitas, y las mostró a Elinor, suspendidas cada una de una mano, pinzadas con dos dedos. Elinor miró las prendas atónita. Luego, desconcertada, miró a los ojos de Oscar.

—¿Qué es esto? —murmuró.

—Me imagino que lo sabes muy bien. ¿Tú no usas?

—Claro que sí. Pero no comprendo...

—Quiero que me digas qué opinas de ellas, Elinor. Estaban en un cajón del armario de Orlando Vázquez.

—Ah... Bueno, en ese caso, por lo que he oído deben ser de esa chica pelirroja, la señorita Mumford, ¿no?

—¿Las dos? Hellman opinó de Vázquez que era fetichista, y esto parece cierto, desde luego. Pero me pregunto para qué querría Vázquez dos braguitas de Carol

Mumford. ¿Por qué no una braguita y un sujetador, por ejemplo, si quería más prendas? O una media, un zapato, un pañuelo, una blusa, una liga..., ¡qué sé yo! ¿Por qué dos braguitas y ninguna otra prenda?

—No sé... La verdad, no entiendo qué tratas de decirme.

—Te regalo una de estas braguitas; elige la que quieras...

—¡Oscar, por favor!

—Te ruego que elijas una, Elinor.

—Está bien. —Elinor señaló la que Oscar sostenía con la mano derecha—; elijo ésta.

—¿Por qué?

—¡Qué cosas tienes...! Pero bueno, la elijo porque es de mucha mejor calidad que esta otra.

—¿Debo entender que tú sólo usas braguitas de la mejor calidad?

—Pues sí...

—En tal caso, nunca usarías una como ésta, quizá —agitó la de la mano izquierda.

—Por mal que me fuesen las cosas, no. Podría privarme de muchos caprichos, pero, aunque la diferencia de precio entre una y otra fuese grande, siempre compraría ésta. Y no por capricho, sino porque hay cosas en las que no se puede descender de calidad.

—Lo que significa que tú no tendrías nunca una braguita como ésta y otra como ésta.

—Nunca.

—Es decir, que las dos serían de primera calidad. O bien, si desde siempre hubieses utilizado prendas de calidad inferior, las dos serían de esa calidad.

—Desde luego.

—¿Qué calidad de prendas íntimas crees tú que puede usar Carol Mumford?

—No sé. Depende de lo que quiera gastarse en...

Elinor Dreiser parpadeó. Su mirada fue vivamente de una prenda a otra, y de nuevo a los ojos de Oscar Lang, que sonrió.

—¿Y bien? —inquirió.

—¿Quieres decir... que cada una de estas prendas..., pertenece a una mujer distinta? —susurró la muchacha.

—Eso precisamente quería consultarte: ¿te parece ilógico que piense eso?

—No... ¡No!

—En ese caso, podríamos llegar a la conclusión de que el pobre Orlando estaba coleccionando prendas de dos mujeres, ¿no es así?

—Sí... Sí, así parece...

—¿Bajo qué circunstancia crees que un hombre puede conseguir esta clase de prendas de una mujer?

—Bueno... Lógicamente, sólo en circunstancias muy íntimas.

—¿Dirías, entonces, que Orlando Vázquez podía estar teniendo relaciones íntimas con dos mujeres? ¿Digamos una que usa prendas de precio discreto y otra que usa prendas de la mejor calidad?

—Sí... Sí, lo diría... Sí.

—Me gustaría saber qué clase de ropa íntima usa Carol. Sin embargo, eso no va a ser fácil... Pero tampoco demasiado difícil. Por algo soy el detective del hotel.

—¿Qué conseguirás sabiendo eso?

—Si yo viese la ropa interior de Carol Mumford, sabría si la utiliza de la mejor calidad o de inferior calidad. Si la que Carol usa es de la calidad inferior —agitó la mano izquierda— podría ser de cualquier otra camarera o mucama del hotel. Pero si Carol usa prendas de calidad inferior, cabría suponer que esta prenda de calidad superior —agitó la mano derecha— pertenece a alguien cuyas posibilidades económicas y gustos son superiores a las de Carol. Y eso reduciría mucho la búsqueda.

—¿Quieres encontrar a la otra mujer que... que tenía relaciones íntimas con Orlando Vázquez? ¿Por qué? ¿Para qué?

—Pienso que lo que Carol Mumford no sepa puede saberlo esa otra mujer.

—Pero... ¡lo habría dicho!

—Es muy posible que tenga sus buenos motivos para permanecer en silencio, Elinor. No obstante, si yo la encontrase estoy seguro de que la convencería para que fuese comunicativa conmigo. Y quizá nos enterásemos de cosas muy convenientes.

—¿Qué cosas?

—Veamos; ¿estuvo alguna vez Hamilton Crawford alojado en el Delicias?

—No, nunca.

—En ese caso, podríamos pensar que la primera vez que lo vio fue cuando llegó a Marathon hace cuatro días. El aspecto del Delicias es encantador, simpático, señorial. Sin embargo, Crawford se alojó en el Tingler, al parecer porque sabía de los inconvenientes y molestias que podían llegar a sufrirse en el Delicias. Pero está claro que no conocía el Delicias. En cuanto a tu padre, parece que lo conoció casualmente en Miami... ¿O fue tu padre allá en busca de un prestamista y Crawford pudo enterarse?

—No... No. Mi padre fue a Miami a ver a un amigo para pedirle algo de dinero... Ahora ya sabemos que el amigo no se lo prestó, pero cuando él regresó me dijo que sí lo había hecho.

—Sin embargo, el dinero se lo había prestado Crawford, que coincidió con tu padre en el mismo hotel. ¿No te parece demasiada casualidad? Crawford era de Nueva York. ¿Qué hacía en Miami? ¿Realmente podemos pensar que conoció a tu padre por casualidad?

—Podía estar en Miami por negocios...

—Quizá. Pero fíjate, conoce a tu padre, se las arregla para encauzar la conversación, le presta dinero... Y todo esto, sin haber visto siquiera el Delicias. Y

todavía sin haberlo visto, vuelve a prestarle dinero a tu padre, otros diez mil dólares, a los pocos meses, o quizá semanas. Posiblemente, tu padre le llamó, y Crawford estuvo secretamente en Marathon, y le prestó el dinero, consiguiendo así el segundo pagaré. ¿Y tocio eso a un hombre al que había conocido casualmente? Yo creo que no. Yo creo que Crawford estaba siguiendo determinadas instrucciones para, finalmente, acorralar a tu padre y presionar la situación de modo que vosotros tuvierais que venderle las acciones mayoritarias del Delicias. Me pregunto: ¿quién puede ser la persona que había dado instrucciones a Hamilton Crawford para que hiciese contacto con tu padre en Miami, para que le prestase dinero, para que viniese aquí dispuesto a adquirir el Delicias?

—Oscar, estás..., estás fantaseando de un modo...

—¿Fantaseando? ¿No te parece más fantástico que Vázquez tuviese estas dos prendas? ¿No te parece más fantástico que Crawford conociese «casualmente» a tu padre en Miami? ¿No te parece más fantástico que tu padre, que debe cien mil dólares en total, asesine a un hombre al que sólo debe veinte mil? ¿No te parece más fantástico que Hamilton Crawford tuviera ocultos en el forro de su maleta los dos pagarés en lugar de llevarlos, simplemente, en su cartera, o depositarlos en la caja fuerte del Tingler, o algo parecido? ¿No te parece más fantástico que tu padre, que estaba pensando si vendía o no las acciones a Crawford, optase por asesinarlo un lugar de venderle las acciones y salir de todos vuestros apuros de una vez por todas? ¿No te parece más fantástico, sencillamente, que tu padre haya sido capaz de asesinar a dos personas?

—¡Claro que él no lo hizo! Y tienes razón: todo eso es... fantástico.

—Ahora estamos de acuerdo. Bien, ve a ver al abogado, escúchale, sigue sus instrucciones..., pero no se te ocurra mencionarle esta conversación. Ni a él ni a nadie, Elinor.

—No lo haré... Oscar, ¿qué piensas hacer ahora?

Oscar Lang besó a Elinor en los labios, y luego la miró sonriendo como divertido.

—Espero que eso no te moleste, mi amor. Voy a ver si me entero qué clase de braguitas usa Carol Mumford.

Carol Mumford usaba las braguitas de inferior calidad. No es que fuesen tan baratas y malas, sino que las otras que tenía en un cajón de su armario estaban dentro de la línea de las más baratas de las que había requisado Oscar en el armario de Orlando Vázquez.

La diferencia entre las braguitas de Carol Mumford, todas, y la otra que Oscar sostenía en una mano era evidente. No abismal, pero evidente. La pregunta era inevitable: ¿por qué comprar media docena de braguitas de calidad media y una sola de calidad superior? ¿Para visitar a Orlando, o, como había estado sucediendo más frecuentemente, recibir la visita de éste? La respuesta era NO. Más bien, tanto al visitarlo como al recibir su visita, Carol Mumford prescindiría de tal prenda, habida

cuenta de lo que se trataba entre ellos. Todo lo más se habría comprado un precioso salto de cama, un *baby-doll*, una *deshabillé*... Cosas así, tentadoras: nunca una sola braguita.

Oscar Lang cerró el cajón y el armario de Carol Mumford, se dirigió hacia la puerta, que, naturalmente, había abierto con su llave maestra.

La cerró del mismo modo, tras salir al pasillo con las precauciones debidas. Segundos después, entraba en la habitación de Orlando Vázquez, colocaba las dos braguitas donde las había encontrado, y regresaba al pasillo.

Minutos más tarde, aparecía en el vestíbulo del Tingler, impecable, discreto, como un cliente más. Discreción, habilidad, tacto, ése era su lema..., y lo sería cuando tuviese su oficina en Gulf Terrace Avenue.

Tomó un periódico, y se sentó en uno de los sillones del vestíbulo. Encendió un cigarrillo. Muy bien, ¿quién era la otra mujer que visitaba o era visitada por Orlando Vázquez? ¡Vaya con Vázquez...!

¿Otra de Tas camareras? ¿Una que sí utilizaba ropa interior cara, de lujo? En aquel momento, Oscar Lang se arrepintió de no haber aceptado tantas invitaciones como había tenido por parte del personal femenino del hotel. De haberlo hecho, ahora tendría una idea sobre las calidades de la ropa interior de algunas de las chicas... La idea pareció golpearlo de pronto en la cabeza: ¿y si la braguita de lujo era de una clienta del hotel?

No. Demasiado arriesgado para Vázquez. Cualquier paso en falso en ese sentido, le habría costado el empleo. El más diminuto escándalo por esa parte, y a la calle. Oscar reflexionó sobre Vázquez. Bueno, no había sido un genio, pero era un muchacho espabilado, listo, ambicioso. ¿Complicarse la vida por una clienta? No. No, no, no. Era más cómodo y práctico tener un pequeño lío con Carol. Los empleados del hotel que residían en éste tenían sus habitaciones en el piso de arriba, todos en una misma ala del edificio. Ninguna complicación.

No, una clienta, no.

Muy bien. ¿Quién, en el hotel, podía usar bragas de lujo? ¿Quién, que, además, pudiera estar utilizando la intervención de Hamilton Crawford para llegar a poseer las acciones mayoritarias del Delicias?

Y otra cosa más: ¿qué había en el Delicias, un hotel que estaba camino de la ruina? ¿Oro? ¿Petróleo? ¿Uranio? ¡Tonterías! Era un negocio que se iba a pique, y punto.

Entonces, ¿quién podía quererlo, y para qué?

Levantó la cabeza, sobresaltado. Gerry, uno de los camareros del restaurante del hotel, estaba ante él, mirándole irónicamente.

—¿Qué hay, Gerry? —masculló Oscar.

—¿Estabas dormido? —Casi rió el camarero.

—Claro que no; meditaba.

—¡Ah! Bueno, pues vuelve a este mundo; ella quiere verte. Te espera en su

despacho.

—Bien. Gracias, Gerry.

Se puso en pie. Naturalmente, «ella» era Edwina Rice, eso lo sabían todos en el hotel. Oscar comenzó a caminar hacia el despacho de Edwina..., y de pronto se detuvo en seco.

Edwina Rice.

Se quedó como clavado al suelo. Como hipnotizado. Edwina Rice. Ella podía comprarse la mejor ropa interior, ella tenía dinero y carácter para manejar a un hombre como Crawford, ella... ¡Bah, tonterías! Ni estando loco se podía imaginar nada entre Edwina Rice y un sujeto como Orlando Vázquez.

Reanudó la marcha. Segundos después, tras llamar a la puerta con los nudillos, entraba en el despacho de Edwina.

—Buenos días, señorita Rice.

—Ah, hola, Oscar... Pase y siéntese. Cierre la puerta.

Oscar cerró la puerta, se sentó. Se quedó mirando a Edwina, que tras una sonrisa de disculpa dedicó unos segundos a terminar unas anotaciones en un libro del hotel. Edwina Rice: hermosa, elegante, con clase, de edad ya poco apta para cometer estupideces..., ¿liada con Orlando Vázquez? La idea casi hizo reír a Oscar Lang.

—Bueno. —Edwina cerró el libro y lo apartó—, esto ya está. Es respecto a lo que hablamos ayer, Oscar; lo del préstamo a esa orgullosa Elinor Dreiser.

—¿Ha cambiado de idea? —exclamó Oscar.

—Bueno, no exactamente... ¿Puedo contar con que va a considerar esta conversación como absolutamente confidencial, Oscar? Sólo entre nosotros dos. ¿Sí?

—Por supuesto.

—De acuerdo. Veamos... Esta noche he estado reflexionando sobre todo en este asunto. Y quizá no sea tan malo como parece. Es cierto que, por el momento, las cosas están complicadas para el Tingler y el Delicias, debido a esas dos muertes, una en cada hotel. Aparentemente, eso puede llegar a perjudicarnos, pero... la gente es digna de estudio, Oscar. Las personas somos realmente curiosas. ¿Cuál cree que puede ser la reacción de la gente al leer en los periódicos todo lo sucedido aquí, en este pequeño lugar del mundo?

—Posiblemente se limiten a no alojarse ni en el Tingler ni en el Delicias.

Edwina Rice sonrió con simpática astucia.

—¿Eso piensa? Bueno, yo opino lo contrario, Oscar. Sí, claro, habrá personas de esas que usted dice, pero creo que habrá muchas más que pensarán de modo diferente. ¿Sabe lo que es el morbo?

—Según el diccionario, es una enfermedad.

—¿De veras? —rió Edwina—. Bueno, yo estoy hablando de esa cualidad de la gente de interesarse por casos y cosas... extrañas, violentas, siniestras... Hay mucha gente así: les gusta fisgar en cosas desagradables. Bueno, puede que, después de todo, sea una enfermedad, pero, en todo caso, la padecemos muchas personas. Tengo la

certeza de que esa clase de personas son las que estarían encantadas de alojarse en unos hoteles donde han ocurrido cosas terribles, para enterarse de todo, preguntar detalles, cómo estaban los ojos de Orlando. Vázquez, o cómo sangraba Hamilton Crawford... ¿Le desagrada el tema?

—Un poco. ¿Adónde quiere ir a parar?

—Estoy segura de que, en contra de lo que de momento, pueda parecer, dentro de muy poco tendremos una... avalancha de clientes, tanto en el Tingle como en el Delicias.

—¿Realmente cree eso? —Se mostró escéptico Oscar.

—Fíjese si lo creo, si estoy convencida de ello, que voy a hacerle un trato a Elinor Dreiser por medio de usted: estoy dispuesta a pagarle doscientos cincuenta mil dólares por todas sus acciones del Delicias. ¿Qué le parece?

—Demonios —jadeó Oscar—. ¡Es una oferta magnífica!

—Así lo creo yo también. ¿Puede usted hacérsela en mi nombre a esa muchacha?

—Sí, claro... ¡Con mucho gusto! Pero las acciones del Delicias están repartidas entre Elinor y su padre, y si a éste lo juzgan y lo condenan, ella no podrá disponer de las acciones, así que...

—Bueno, las del padre puede que queden intervenidas, pero en todo caso, fuera de circulación, de modo que si me quedo con las de la hija, seré mayoritaria, ¿no es así? Lo que significa que el Delicias, prácticamente, sería mío.

—Pero hay otras acciones en circulación, repartidas...

—Bueno, me interesaría en conseguirlas. En estas circunstancias no ha de ser difícil.

—Bien... Bueno, son doscientos cincuenta mil dólares, señorita Rice. Claro, es su dinero... En fin, yo no tengo inconveniente en hablar con Elinor.

—Se lo agradeceré mucho, Oscar.

—Lo hago con gusto... ¿Algo más?

—No, no. Y recuerde: esto es confidencial.

—No se preocupe.

Oscar Lang salió del despacho de Edwina Rice, se fue al bar del hotel, y pidió un café. Miró la hora en su sumergible de pulsera: las once menos veinte.

Edwina Rice.

Imposible.

Y sin embargo..., ¿qué clase de braguitas usaba Edwina Rice?

«Debo estar majareta», se dijo Oscar, mientras tomaba el café.

Pero, diez minutos más tarde, estaba ante la puerta de las habitaciones privadas de Edwina Rice, en el ático del hotel. Sacó su llave maestra, tanteó con ella en la cerradura, y en seguida lanzó una ahogada imprecación. Debía haberlo supuesto: las habitaciones privadas de Edwina no eran accesibles ni siquiera al detective del hotel. Pero Carol Mumford sí debía tener una llave, pues era la encargada de arreglar las habitaciones de la dueña del hotel. ¿Podría conseguir la llave de Carol Mumford?

Demasiado arriesgado.

«Pues yo voy a entrar ahí», se dijo Oscar Lang.

En el momento en que comenzaba a alejarse de la puerta, el ascensor se detenía en aquella planta. Oscar Lang estuvo a punto de echar a correr hacia las escaleras, pero comprendió que no tenía tiempo de llegar a ellas antes de que la persona que subía saliera del ascensor, así que se quedó mirando tranquilamente hacia éste.

Edwina Rice apareció en el pasillo.

Alzó las cejas al ver al detective.

—Oscar... ¿Qué hace aquí? ¿Qué pasa?

—Estaba dando una de mis vueltas completas cuando me pareció oír un ruido dentro de sus habitaciones... Pero debo haberme equivocado, porque he estado escuchando y ya no he oído nada más.

Edwina Rice parpadeó.

—Vamos a ver si ocurre algo... ¡Pero me parece imposible que haya alguien ahí dentro!

—Estaba pensando que quizá podría ser Carol...

—No, porque la he visto abajo ahora mismo. Tenga, abra usted mismo, ¿quiere?

CAPÍTULO VII

Oscar abrió la puerta, hizo un gesto a Edwina para que esperara, y entró. Las persianas estaban entornadas, pero entraba luz solar más que suficiente. Oscar recorrió rápidamente lo que podía considerarse un pequeño apartamento: sala de estar, dos baños, dos dormitorios, una terraza. No había cocina, lo que resultaba lógico: a la señorita Rice le bastaba y sobraba con la del hotel.

Era una vivienda elegante y encantadora.

Oscar regresó a la entrada, donde Edwina esperaba sonriente en verdad divertida.

—¿Puedo entrar? —Casi rió—. ¿No hay peligro?

—Bueno —masculló Oscar—, yo sólo trato de cumplir con mis obligaciones, señorita Rice.

—Lo cual me parece admirable. Pero tendrá que disculparme ahora, Oscar. Tengo que ir al banco..., precisamente para preparar la posible compra del Delicias. Se me ocurre que mientras tanto podría usted llegarse a charlar con Elinor Dreiser.

—La llamaré para ver si puede recibirme.

Otros diez minutos más tarde, Oscar vio salir del hotel a Edwina Rice. Se había cambiado de vestido, lo que justificaba que hubiera subido a su vivienda. Elegante y hermosa, como siempre... Por una ventana la vio subir a su coche y partir.

Muy bien.

Oscar Lang volvió al ático, sacó la ganzúa que había preparado, y, en cuestión de segundos, abrió la puerta. Entró, cerró, y se fue directo a uno de los dormitorios, el que presentaba todas las evidencias de estar ocupado por Edwina Rice. Y acertó. Nada más abrir el gran armario empotrado de puertas correderas, vio sus ropas. Edwina Rice tenía dos cajones llenos de prendas íntimas, muy bien ordenadas. Tomó unas braguitas con dos dedos, las alzó y las contempló al trasluz del resol de la ventana.

Exacto.

Aquello sí encajaba.

Y de pronto, todo se vino abajo, todas las teorías se convirtieron en humo. ¿Acaso no era Carol Mumford la encargada de arreglar el apartamento de Edwina? Lo era. Era ciertísimo. Entonces..., ¿era descabellado suponer que Carol había birlado lindamente una de las braguitas a Edwina, y hasta quizá alguna que otra pequeña cosa que le gustase? Seguro que Edwina no notaría la desaparición de cosas tan ínfimas como unas braguitas, o un sujetador, quizá un pañuelo...

Pero ¿por qué dos? ¿Por qué demonios Orlando Vázquez podía querer dos prendas iguales de Carol Mumford? Habría tenido más sentido un juego completo: braguita y sujetador. Si Orlando había coleccionado dos braguitas tenía que ser porque había dos mujeres, qué demonios... ¡Tenía que ser así!

Pero... ¿Edwina Rice?

La idea de que Edwina se entendiera sexualmente con Orlando Vázquez, y

además compartiéndolo con Carol Mumford, le pareció totalmente descabellada. Pero la braguita que tenía Vázquez hacía juego en todo con las que Edwina Rice tenía en su armario.

—La madre que os parió a todos... —masculló Oscar.

Dejó la prenda tan doblada como la había encontrado, y cerró el armario. Segundos después, abandonaba el encantador lugar.

—Doscientos cincuenta mil dólares —musitó Elinor—. ¡Es mucho dinero, realmente! Pero no pienso venderle nada a ella, Oscar.

—Está bien, no lo hagas, si no quieres. Pero dile que sí.

—¿Eh...?

—Que le digas que aceptas. Mejor dicho, se lo diré yo, ya que estoy actuando como intermediario.

—Pero, Oscar, ¿no te comprendo! Si no quiero vender...

—Le diré que sí. Y si ella te llama, corroborarás lo que yo voy a decirte. ¿De acuerdo?

—Pero ¿por qué?

—Porque las braguitas caras que Orlando Vázquez tenía en su armario son o eran de Edwina.

Elinor quedó estupefacta un instante.

—¿Estás seguro?! ¿Cómo puedes saberlo?

—Las que ella tiene son de la misma calidad, y yo diría que incluso de la misma línea. Y hacen juego con el sujetador.

—Pero..., pe... pero... ¿cómo has conseguido saberlo?

—Entré en su apartamento, en el ático, utilizando una ganzúa.

—Oh, Dios mío. ¡Oscar, esto puede costarte...!

—Ssst... Ahí llega el representante de la ley.

Elinor miró hacia donde, en efecto, se estaba deteniendo el coche oficial de la oficina del *sheriff*. Vio a Hellman apearse, y divisarlos en seguida, de modo que no insistió. Rupert Hellman llegaba junto a ellos a los pocos segundos, y se quedó mirándolos entre preocupado y divertido.

—Vaya, de nuevo la parejita muy juntitos, ahora bajo un lindo parasol en la terraza... ¿Molesto?

—Claro que no —murmuró Elinor.

—Además, yo ya me iba —gruñó Oscar—; no me gusta estar lejos del Tingler tanto rato. Así que...

—Bueno, muchacho, ni que yo tuviera la peste —masculló el *sheriff*—. Precisamente venía a charlar un rato con usted.

—¿Conmigo? ¿Sobre qué?

—Le acompañaré al Tingler. —Hellman miró afectuosamente a Elinor—. ¿Cómo van esos ánimos?

—Después de lo que usted nos dijo anoche, ¿qué le parece? —replicó Elinor.

Hellman torció el gesto.

—Parece que esté haciendo de esto una cuestión personal, pequeña. Y de eso nada. Al igual que Pinkerton, yo cumplo con mi trabajo. ¿Cómo le ha ido esta mañana con el abogado?

—¿Sabe usted que he ido a verle?

—Yo me entero de casi todo —sonrió Hellman—. Por ejemplo, también sé que Edwina está ahora en su banco, que la señora Goldman ha tenido una niña esta noche, y que llega una nueva ola de calor. Traigo un recado de su padre para usted, además: necesita su máquina de afeitar.

Elinor y Oscar se quedaron mirando estupefactos a Rupert Hellman, que sonrió beatíficamente.

—La iré a buscar —dijo Elinor—. Si espera unos...

—Déjemela en el asiento del coche, si no le importa. Yo voy a acompañar a Pinkerton al Tingler. Estaré de vuelta en unos minutos. ¿Vamos, Pinkerton?

Lo tomó del brazo, de aquel modo que ya comenzaba a irritar decididamente a Oscar Lang. Éste hizo un gesto de despedida a Elinor, y aceptó la «conducción» del representante de la ley.

—Bueno, ¿qué tal? —Inquirió Hellman—. ¿Cómo van esas investigaciones?

—¿Qué investigaciones?

Hellman le miró sorprendido.

—Caramba..., ¿no está usted trabajando para Elinor? ¡Pues algo debe estar investigando, digo yo!

—No.

—¿No?

—No.

Hellman se detuvo, obligando a Oscar a hacer lo mismo, y se encaró con él.

—Muchacho, es usted tonto —masculló—. ¿No comprende que le estoy utilizando?

—¿Qué?

—¡Oh, demonios, váyase al cuerno! ¿De verdad piensa que yo me he creído que Conrad se ha cargado a dos personas tan brutalmente?

Oscar Lang casi se atragantó.

—¿No lo cree?! —exclamó.

—Claro que no. Pero ¿qué quería que hiciese?

—Pues no sé...

—Se lo diré, entonces: tenía que hacer precisamente lo que he hecho, esto es, seguir la pista como un podenco bien entrenado y lógico. A ver; sí a un podenco le meten en la nariz el olor de un conejo, ¿qué tiene que hacer el podenco?

—Seguir el rastro.

—¡Estupendo, Pinkerton! Muy agudo. Escuche, llegué aquí hace algo más de

cinco años, pronto conocí a los Dreiser, y, desde entonces, nos venimos tratando con cierta frecuencia. ¡Y un cuerno, se cargó Conrad a dos tipos, de aquel modo! Así que mientras yo me resigno a seguir el rastro como un buen podenco, le he dejado a usted libre para que busque por otro lado. Y ahora, ¿qué ha encontrado?

Oscar Lang entornó los párpados.

—Nada —murmuró.

—¿Nada? ¡Pues estamos listos! Porque si yo dejo de hacer el podenco y me las doy de listo empezando a trabajar por otro lado, la caza se va a espantar, ¿entiende esto? Así que me pareció mejor no espantarla, para que usted, tan tranquilo, fuese laborando sin inquietar a nadie. ¿Soy listo o no soy listo, Pinkerton?

—Sí... Tengo que admitir que lo es —sonrió de mala gana Oscar.

—Pero usted es tonto, ¿eh?

—Eso parece.

—Pues mala suerte... para los dos. Y para Conrad Dreiser el padre de esa mocosa que lo tiene a usted tonto. ¿Ni siquiera esto le decide a sincerarse conmigo? Escuche, muchacho, usted me cae bien, sé que no es tonto, y le he estado dando toda clase de facilidades: no puse vigilancia en ninguno de los dos hoteles, no clausuré las habitaciones de Orlando Vázquez ni la de Hamilton Crawford, le expliqué anoche con toda clase de detalles todo cuanto sabía, incluso vine aquí ya tarde para darle las últimas noticias... ¿Eso no es jugar limpio con usted?

—Creo que sí.

—Está bien. Por última vez: ¿nada?

—Nada.

Hellman sacó un cigarrillo retorcido, mordió la punta, la escupió rabiosamente y se hundió el cigarrillo entre los dientes.

—Bueno, hombre, al menos deme usted fuego... Para algo tiene que ser útil, ¿no le parece? Y por el bien de todos, muchacho: si llega a saber algo, llámeme inmediatamente por teléfono...

El teléfono privado del banquero señor Ruark emitió un par de timbrazos antes de que éste, tras un gesto de disculpa a la señorita Rice, atendiese la llamada.

—¿Diga?

—¿...?

—Sí —un leve asombro apareció en la expresión de Ruark—. Sí, ella está aquí, en efecto. Un momento, por favor —apartó el auricular, y miró todavía sorprendido a Edwina—. Es para usted, señorita Rice. Una mujer.

—Ah, sí. Es una de las clientas del hotel, con la que quizá hagamos algún negocio. Me permití decirle que podía llamarme a este número privado de usted, como yo he hecho otras veces, si se decidía a cerrar el trato... Y parece que se ha decidido. Espero que no le moleste que le diese este número, señor Ruark.

—De ninguna manera —tendió el auricular a Edwina el banquero.

Edwina sonrió de aquel modo tan encantador.

—Precisamente, le di este número porque no quería que nadie oyese mi conversación con ella.

El señor Ruark parpadeó. Ser director de una agencia bancaria requiere, entre otras cosas, tacto y perspicacia.

—Hizo usted bien —cogió un papel cualquiera de su mesa—. ¿Le molestará que yo haga unas comprobaciones de Caja mientras usted habla con esa señora?

—Claro que no —casi rió Edwina—. Pero no tarde demasiado, por favor. Estaré lista en un par de minutos, y luego tengo muchas más cosas que hacer en el centro.

—No tardo más de dos minutos.

La puerta del despacho del señor Ruark se cerró tras éste. Edwina Rice se llevó el auricular al oído.

—Dime —susurró.

—¿Ha entrado, por fin? ¿Cómo?

—Utilizando una ganzúa... ¿Qué ha hecho, una vez dentro de mi vivienda? ¿Lo sabes?

—Está bien. ¿Algo más?

—¿...?

—No, no hagas nada. Yo me encargaré de esta parte. Adiós.

Colgó. Cuando el señor Ruark entró, estaba fumando tranquilamente un cigarrillo. Cinco minutos más tarde, Edwina Rice abandonaba el despacho, y acto seguido el banco. Diez minutos más tarde, entraba en una cabina de teléfono público en Main Street, e introducía unas monedas, lenta y cuidadosamente, en la ranura del aparato. Y casi en seguida conseguía comunicación con Miami Beach.

Eran más de las doce del mediodía cuando emprendía el regreso al Tingler Hotel.

—¿A Miami? —Alzó las cejas Oscar—. ¿Es algo relacionado con la compra de las acciones de Elinor Dreiser?

—Así es —asintió Edwina; y casi rió, de pronto—. ¡Pero no voy en busca de un prestamista, créame! Tengo allí unos apartamentos que voy a tratar de vender lo más rápidamente posible; reunir doscientos cincuenta mil dólares no es tan fácil. Y a propósito, Oscar, gracias por sus gestiones cerca de Elinor.

—Bueno, espero haber beneficiado a ambas partes, de modo que ha sido una gestión agradable. ¿Estará mucho tiempo fuera?

—Espero no necesitar más de dos o tres días para arreglar la venta de esos apartamentos allí.

—Tampoco se debe pasar mal en Miami —sonrió Oscar—. ¿Cuándo se marcha?

—Esta misma tarde. Llamaré un par de veces cada día, por si ocurre algún imprevisto... Sí, adelante.

Había sonado una llamada a la puerta, que se abrió al ser autorizado por Edwina. Carol Mumford apareció en el despacho.

—Diga, señorita Rice.

—Carol, tengo que estar fuera dos o tres días... ¿Quiere prepararme el equipaje, por favor? Saldré cuanto antes... Ah, creo que sería buena idea que se tomase usted libre el día de mañana, aprovechando que yo estaré fuera. Ya sé que no es su día habitual, pero como trabaja casi más para mí que para los clientes del hotel, he pensado que era más práctico así. ¿Le parece bien?

—Sí... En realidad, ahora lo mismo me da tener libre un día que otro, señorita Rice.

—Sí, claro... Comprendo... Bueno, todo ha sido tan lamentable... Bien, creo que todos debemos esforzarnos en olvidarlo, ¿no le parece? Y usted debe distraerse, querida. Prepáreme el equipaje, vea que todo queda en orden arriba, y puede marcharse esta misma tarde, si quiere.

—¿Adónde? —murmuró Carol, sombríamente.

—No sé, pero sí sé que precisamente aquí dentro es donde peor lo debe pasar... Vamos, Carol, tiene que sobreponerse. No le digo que se vaya... de juerga, pero sí que se distraiga... ¿No tengo razón, Oscar?

—Desde luego que sí —asintió el detective—. Es duro decirlo, pero... la vida sigue, Carol.

Carol Mumford miró con cierta hostilidad a uno y a otra.

—¿Desea algo más, señorita Rice? —susurró.

—Nada, querida, gracias.

La pelirroja se retiró. Edwina y Oscar cambiaron una mirada, e hicieron un gesto de pesar.

—Hay que comprenderla —dijo Oscar—; parece que se había tomado muy en serio lo del pobre Orlando.

—Ya se le pasará —aseguró Edwina, mirando su reloj—. Bien, todavía tengo algunas cosas que hacer aquí, y quiero terminarlas cuanto antes, o saldría tan tarde que llegaría de noche a Miami.

—Sólo son cien millas de buena carretera —dijo Oscar, poniéndose en pie—. Por si no nos vemos cuando se marche, le deseo un agradable viaje, señorita Rice.

—Gracias... Gracias por todo, Oscar. Mmm... No quiero ser demasiado indiscreta, pero ¿qué está pasando entre usted y Elinor Dreiser?

—Al parecer —sonrió anchamente Oscar— estamos congeniando bastante.

—Es evidente que con usted no se muestra tan orgullosa... Espero que todo le vaya bien, Oscar, y... ¡Oh, cielos, tengo tantas cosas que hacer!

—Feliz viaje —sonrió Oscar, dirigiéndose hacia la puerta.

Cerró la portezuela del coche, y miró a Elinor, que, ante el volante, le miraba con expectación.

—Bien —dijo—; vámonos.

—¿Adónde? —preguntó ella.

—A Miami. Y tenemos que salir cuanto antes, para adelantarnos a Edwina Rice y esperarla. Si va a Miami, no tiene más que una ruta hasta Naranja: la Nacional 1. Luego, tendremos que seguirla paso a paso, no fuese que tomara otra ruta desde Naranja a Miami y la perdiéramos.

—Oscar, ¿de verdad crees que esto puede servir de algo?

—No lo sé. Pero sí sé que no perdemos nada intentándolo.

—Pero intentando... ¿qué?

—Escucha, me apuesto ésta —alzó la mano derecha— a que la braguita aquella era de Edwina Rice. Y ahora, después de todo aquello que te dije y que a mí me parecía tan fantástico, ella se va a Miami. ¿A vender unos apartamentos? Es posible. Pero eso podría hacerlo con una llamada telefónica. Elinor, quiero saber qué va a hacer Edwina Rice a Miami, que, precisamente, es la ciudad donde Hamilton Crawford abordó a tu padre, pese a que él residía en Nueva York.

Elinor reanudó la marcha, alejándose del lugar donde había recogido a Oscar Lang de acuerdo a las instrucciones telefónicas de éste.

CAPÍTULO VIII

Unas diez millas antes de llegar a Naranja, la Nacional se ensanchaba, se convertía en autopista que ya llegaba hasta Miami. Pero la sorpresa surgió precisamente en la entrada a Naranja, donde Oscar y Elinor estaban esperando ver pasar el coche de Edwina Rice: vieron el coche, pero no siguiendo autopista adelante, sino desviándose hacia la salida de Naranja.

Elinor y Oscar se miraron, pero no cambiaron una sola palabra. Ahora era Oscar quien conducía, y se juró a sí mismo que no perdería de vista el coche de Edwina ocurriera lo que ocurriera.

No ocurrió nada. Nada inquietante, pero sí sorprendente: Edwina Rice tomó la carretera hacia Homestead, luego bajó hacia Florida City, esto es, regresando hacia el Sur, y, finalmente, emprendió la ruta por la Estatal 27. Prácticamente, ya era de noche.

—Pero... no va a Miami —murmuró Elinor—. ¿Adónde va?

—De momento, dentro de unos minutos entraremos en el Everglades National Park... ¿Adónde va? Bueno, yo diría que por esta carretera sólo podemos ir a Flamingo..., lo que significan otras cuarenta millas de carretera no tan buena como las que hemos estado siguiendo hasta ahora.

—Pero si dijo que iba a Miami..., ¿por qué va a Flamingo?

—Es una pregunta interesante —sonrió secamente Oscar.

Pero Edwina Rice tampoco llegó a Flamingo. Unas cinco o seis millas antes, se desvió, abandonó la Estatal 27. Oscar, que tenía la sensación de que le ardían los ojos de tanto mirar las luces de posición del automóvil de Edwina, las vio desaparecer, aceleró, y en seguida llegó al camino, siguiendo el cual, pronto recuperó las luces del coche de Edwina.

—Tiene que haberse dado cuenta de que la seguimos —dijo Elinor, que no las tenía todas consigo.

—¿Por qué? En la 27 hay bastantes coches, y en cuanto a este camino, todo lo que hay que hacer es apagar las luces..., y procurar no rompernos las narices.

Apagó las luces del coche de Elinor. Delante de ellos, las rojas de atrás del de Edwina Rice. Y de pronto, más adelante, aparecieron otros puntos de luz. Muy pocos. Luego vislumbraron el mar, reluciente de luna.

—Es una zona residencial —dijo Oscar—. ¿Estás cansada?

—No. Sólo sorprendida... ¡Quizá es aquí dónde tiene los apartamentos, Oscar!

—Aquí no es Miami —gruñó él.

La zona no sólo era residencial, sino, evidentemente, de gran exclusividad. Había pocas quintas, muy separadas entre sí y por amplias zonas de césped salpicado de palmeras. Un minuto más tarde, las luces rojas de atrás del coche de Edwina se intensificaban. Oscar frenó también. Las luces de Edwina Rice volvieron a bajar. Luego se apagaron completamente.

El coche había quedado detenido justo frente a una de aquellas lujosas quintas. Vieron a Edwina Rice salir del coche, caminar con su vivo y elegante paso hacia la puerta, y llamar. La puerta se abrió. Edwina Rice entró en la casa. La puerta se cerró.

Oscar Lang paró el motor del coche.

—Fin de trayecto —dijo.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Ésa es otra pregunta interesante... No te muevas de aquí.

—¿Adónde vas?

—A echar un vistazo. Quizá encuentre el buzón para la correspondencia en el jardín, y pueda ver el nombre del propietario de esa casa. Volveré en seguida.

Salió del coche, y se acercó con cierta inquietud a la casa. Si a Edwina Rice se le ocurría mirar por una ventana, y le veía, lo reconocería inmediatamente, por supuesto... Pero no había nadie que estuviese mirando por ventana alguna. O al menos, no lo parecía así. Sólo había una luz en la planta baja, en dos amplios ventanales, que, sin duda, debían corresponder al salón. A esa luz, y a la de las altas farolas de la avenida solitaria y silenciosa, Oscar vio, en efecto, el buzón para la correspondencia, en lo alto de un poste pintado de blanco y clavado en la zona de césped cerca de la entrada. Pero no había nombre alguno allí.

De pronto, la puerta de la casa se abrió, y la luz silueteó la inconfundible figura de Edwina Rice.

—¿Oscar? —llamó—. Venga, por favor, venga a la casa.

Lang quedó como si acabase de recibir un jarro de agua fría. No es que ella le hubiese visto apenas abrir la puerta; era que ella sabía que él estaba por allí. Y ahora sí, ahora le estaba mirando. Oscar distinguió el brillo de los blancos dientes de Edwina.

—Vamos, no sea pelma, Oscar... ¡Acérquese!

El detective soltó un gruñido, y metió los pies en el césped, dirigiéndose en línea recta hacia la casa. En la puerta, Edwina Rice le miraba sonriente, y casi rió cuando lo tuvo ante ella.

—Pase —se apartó de la puerta—; le estaba esperando.

Oscar Lang entró en la casa. Sí, había luz, pero no había apenas muebles. Parecía deshabitada... Edwina lo tomó de un brazo, y lo guió hacia el salón.

La casa no estaba deshabitada. No, al menos, en aquellos momentos. Aunque, eso sí, el mobiliario era de lo más esquemático: unos sillones cubiertos por fundas blancas, Nada más.

Y cuatro personas, claro: dos hombres y dos mujeres. Dos chicas preciosas, de grandes ojos, elegantes vestidos, maquillajes perfectos. Los hombres eran de rostro hermético, mirada inexpresiva. Oscar Lang tuvo el primer auténtico sobresalto cuando se fijó en sus axilas izquierdas. Sí, él tenía ojo de lince para aquello: cada uno de aquellos sujetos llevaba un arma al sobaco.

Pero las dos chicas eran encantadoras.

Una de ellas dijo:

—De modo que éste es, el simpático y curiosón Oscar Lang... ¡Es muy guapo!

—Sí lo es —dijo la otra—, pero también muy indiscreto.

Oscar iba mirando de una a otra a medida que hablaban, de modo que miró a Edwina cuando ésta tomó la palabra.

—Sí, es muy guapo. Y simpático. Pero... demasiado entrometido.

—¿Sabe por qué dice eso Edwina? —Rió una de las chicas—. ¡Porque entró usted en su vivienda utilizando una ganzúa! Lo que no sabemos, señor Lang, es qué buscaba usted allí.

Oscar tragó saliva, y murmuró:

—Bragas.

—¿Perdón? ¿Qué ha dicho?

—Bragas. Eso que lleva usted tapando sus rizos inferiores..., supongo.

Todos miraban con desconcierto a Oscar. Incluso los herméticos sujetos armados mostraban un destello de interés en sus fríos ojos.

—¿Buscaba usted bragas mías? —Murmuró Edwina—. ¿Por qué?

—Me preguntaba quién en el hotel podía tener unas bragas de la misma calidad que las que encontré en el armario de Orlando.

—Se debía suponer que cualquier prenda femenina que se encontrase en el cuarto de Orlando tenía que ser de Carol, ¿no?

—Así debió pensar el *sheriff*, pero no yo. Bueno, al principio, sí, pero en determinado momento me sorprendió que Orlando tuviese dos bragas en su armario, en lugar de una sola y un sujetador, por ejemplo. También me sorprendió la diferencia de calidad entre las dos prendas. Y puesto que ya sabía que una de ellas pertenecía a Carol Mumford, quise averiguar a quién pertenecía la otra. A usted, Edwina, ¿no es cierto?

—¿Con quién ha hablado de esto?

—Con el *sheriff*, naturalmente. El pobre se llevó un disgusto tremendo; la tenía a usted como a una diosa.

Edwina entornó los párpados.

—No es cierto, no le ha dicho nada a Rupert.

—Allá usted, si no me cree.

—Claro que no le ha dicho nada... Si así fuese, él no le habría permitido seguirme con esa tonta orgullosa, mientras él se quedaba en el cayo... ¡Claro que Rupert no habría permitido eso! De modo que están los dos solitos en Flamingo, Oscar. ¿No es cierto?

—Usted se lo dice todo.

Edwina miró a uno de los hombres, y movió la cabeza.

—Ve a buscar a la muchacha, debe estar en el coche.

Oscar se movió..., y el otro sujeto sacó rápidamente la pistola, y le apuntó. Fríamente, sin alterarse, sin truculencia ni gesticulación alguna. Le apuntó de tal

modo y con tal frialdad y seguridad que Oscar Lang comprendió que, para él, apretar el gatillo no tenía ningún significado especial; era su «trabajo», simplemente.

Desencajado el rostro, miró a Edwina.

—¿Cómo es posible que usted esté relacionada, con gente como ésta? Son asesinos profesionales, Edwina...

—En efecto. Gente útil, si se la trata adecuadamente y se le paga lo que merecen. Ve a buscar a la chica, Crane, Y tú, Sinclair, no pierdas de vista a mi detective. Aunque no es demasiado peligroso, me parece. ¡Ni siquiera lleva nunca su pistola!

Crane había salido ya. Edwina parecía pensativa. De pronto, se dirigió hacia la puerta del salón, y salió. Crane regresó con Elinor antes de que Edwina hubiese reaparecido. La muchacha, que llegaba muy inquieta, abrió mucho los ojos al ver la pistola en manos de Sinclair, y en seguida miró a Oscar.

—¡Oscar! ¿Qué ocurre? ¡Este hombre ha dicho que todo estaba bien, que debía venir a reunirme contigo...!

Oscar le pasó un brazo por los hombros, y no dijo nada. Se habría dado de bofetadas, por cretino e imprudente, pero ya no tenía remedio. La jugada de Edwina aparecía ahora clara: ella se había enterado de que él había entrado finalmente en su habitación, seguramente había sospechado algo raro de él cuando dijo que había convencido a Elinor para que vendiese, cosa que nunca había querido hacer ninguno de los Dreiser... Le había dado toda clase de facilidades para que la siguiese. ¡Y él había cometido la imprudencia no sólo de caer en la trampa, sino de no haber dicho nada a Hellman, y, sobre todo, de haber llevado con él a Elinor!

—Redactaremos un documento —dijo Edwina, reapareciendo provista de unas hojas de papel—. Una sencilla pero convincente opción de compra... ¿De acuerdo, señorita Dreiser?

—No entiendo nada —murmuró Elinor.

—Se lo explicaré: usted va a extender un documento conforme ha recibido cien mil dólares de mí, en un cheque, en concepto de opción de compra, o, como suele decirse, paga y señal, sobre la compra de sus acciones, pagando, naturalmente, el resto de la cantidad ofrecida...

—No tendrá que molestarse tanto —interrumpió Elinor—, ya que no pienso venderle nada.

—Eso es cierto —rió Edwina—; usted no va a venderme nada por la sencilla razón de que yo no voy a «comprar», sino que me voy a «quedar» sus acciones. Le explicaré el mecanismo que tan difícil se le hace de entender: con la opción de compra, ni siquiera tendría que pagar el resto, ya que me bastaría tener inmovilizadas sus acciones para que no interfirieran en el mando de las que ya he ido adquiriendo desde hace tiempo del Delicias, en el cual tendría el mando absoluto, ya que el otro propietario incómodo, su padre, se pudrirá en la cárcel, por lo menos. ¿No es buena idea? Yo con la opción de compra de las acciones de usted, su padre fuera de circulación... y usted asesinada.

—¿Asesinada? —Palideció definitivamente Oscar Lang.

—Sí. Por usted, Oscar.

—¡Está loca! —exclamó Elinor.

—No. Cuando me di cuenta de que también usted me seguía —miró de nuevo Edwina a Elinor— pensé que todo se estaba complicando demasiado, ya que sólo había contado con que me siguiera Oscar. Respecto a usted, la quería viva, para comprarle, en efecto, esas malditas acciones. Pero al darme cuenta de que me seguían los dos, comencé a pensar, y llegué a la conclusión de que todavía me iba a salir más barato el asunto de lo que había pensado: usted me extenderá esa opción de compra, yo extenderé un cheque que jamás aparecerá, por lo que nunca será cobrado, y Oscar Lang será buscado por asesino de usted. Yo diré que él hizo de mediador en nuestras negociaciones, y que la última vez, cuando firmamos la opción de compra en Marathon, los dos estaban juntos. Ninguno de los dos aparecerá. ¿Qué pensará ese bobo de Hellman? Pues, por ejemplo, que Oscar arrebató el cheque a la pobre señorita Dreiser, y escapó, y que luego, temeroso de que lo capturen, ni siquiera se presenta a cobrar el cheque. Así, llegamos a la solución final: Conrad Dreiser fuera de juego, usted muerta, Oscar muerto..., y yo como directora absoluta no sólo de mi hotel, sino, a partir de muy pronto, del Delicias. ¿Alguna duda?

Elinor no supo qué decir. Es más, aquello era para ella tan absolutamente fantástico que no podía creerlo; era como una extraordinaria pesadilla..., o como una broma que no acababa de entender. Pero Oscar se había dado cuenta ya de que no había broma alguna en aquella exposición sistemática de los diseños de Edwina Rice.

—¿Y todo esto... por un hotel? —musitó—. ¿Está usted matando gente por un hotel, Edwina?

—No es usted muy listo, de veras, Oscar. Todo lo que ha sabido encontrar son unas bragas. ¿No ha comprendido que el hotel en sí no tiene mayor importancia? Es su ubicación, tan discreta o más que la del Tingler. Quiero que el Delicias pase a ser de mi propiedad, con personal de mi estricta confianza... Adivine para qué.

—Usted misma ha dicho que soy tonto —masculló Oscar—, así que no espere que sea, por otra parte, un adivino.

—Muy ingenioso. Le diré que voy a convertir Tingler Island en un... centro recreativo especial, sólo para millonarios muy discretos. Los precios serán tales que sólo podrán venir a «mis dos» hoteles gente con mucho, mucho dinero, que pagarán servicios... muy especiales. ¡Y en un sitio tan cálido, tan agradable, tan discreto y romántico...!

—¿Qué servicios serán éstos?

—Eh mi larga y dura vida, he observado un hecho curioso: cuanto mayor se hace un hombre, más jovencitas le gusta que sean sus conquistas. Así, por ejemplo, un hombre de cincuenta años no me haría demasiado caso a mí, pero pagaría una buena cantidad por la... compañía de una nenita de... doce o catorce años. ¿Comprende?

—Por el cielo... ¿Quiere convertir el Delicias en un..., un prostíbulo de menores?

—Exactamente. Tengo mis buenas proveedoras de «material», Gertrude y Emily —señaló a las dos sonrientes y bellas mujeres—, que irán recorriendo el país en busca de muchachitas. ¡Abundan tanto hoy esas chiquitas apenas núbiles, dedicadas a estas cosas! Pero se desaprovechan inútilmente. Por eso, yo las... guiaré y administraré adecuadamente. En realidad, ya dirijo una flotilla así, pero es molesto estar pendiente de sitios lejanos. Y muy comprometido. Por eso crearé la... Mansión de los Jóvenes Placeres. Y, Oscar, le aseguro que en menos de un año ganaré cien veces más que con un hotel cualquiera, me haré multimillonaria.

—No podrá manejar así como así a esas jovencitas... ¡Eso no es posible!

—Oh, sí lo es, se lo aseguro. Tengo ya algo de experiencia. Claro que de cuando en cuando encontramos alguna un poco díscola, pero dura poco tiempo; la pobrecita suele tener un accidente.

—¿Quiere decir que han matado ya a varias muchachitas de ésas?

—¿Usted qué cree?

Elinor, que a cada segundo que pasaba estaba más aterrada, emitió un sollozo, y se encogió, ocultando el rostro con las manos. Oscar la retuvo por los hombros, abrazándola, como protegiéndola.

—Me parece —dijo Oscar, con voz ronca— que el asesinato tampoco es nada nuevo para usted, desde luego. Fue usted quien mató a Orlando Vázquez y a Hamilton Crawford, ¿verdad?

—Sigue sin entender nada. Crawford era un prestamista que yo contraté por teléfono para que hiciera contacto con Dreiser, Le avisé de que éste iba a Miami, del hotel en que pararía... Sabía cómo enterarme de estas cosas. Crawford prestó dinero a Conrad Dreiser, para hundirlo todavía más. Yo había pensado comprarle los pagarés a Crawford, pero cuando vino al Tingler se puso muy molesto: quería saber qué estaba tramando yo, y tomar parte de ello... ¡Era un maldito usurero, que quería meter sus manos allá dónde hubiera dinero fácil! Así que en vista de lo pesado que se puso, tomé una decisión final que tenía que simplificarlo todo: eliminarlo a él y quitar de en medio a Conrad Dreiser. Pero no matando a éste, pues habría sido demasiado... espectacular. Era mejor apartarlo del asunto de modo que su hija quedase tan avergonzada que tuviera que marcharse de Marathon. Sí, éste era el mejor modo de conseguir el Delicias..., contra el cual ya estaba operando para darle una... fama morbosa hacía tiempo, ayudada por Orlando Vázquez.

—¿Era él quien provocaba todos los incidentes en el Delicias?

—Sí. Le había prometido que cuando el Delicias fuese mío, él disfrutaría de una posición y de unos ingresos que le satisfarían plenamente. Orlando era un muchacho audaz, capaz de cualquier cosa...

—Incluso de conseguir el revólver de Conrad Dreiser del cajón de la mesa del despacho de éste.

—Por supuesto. ¡Vejo que vas entrando en órbita, Oscar!

—Orlando le robó el revólver al señor Dreiser, usted mató con él a Hamilton Crawford, para que fuese inculpado Conrad Dreiser. Luego, al día siguiente a las seis de la mañana, se las arregló para que Orlando aceptase reunirse con usted en el cobertizo del Delicias, cuando ya Orlando había devuelto a su sitio el revólver de Dreiser, limpio, sin huellas, las balas repuestas... Y lo mató. Es decir, que se privó de su fiel servidor, sólo porque le preocupaba que supiese tantas cosas de él.

Edwina Rice se echó a reír.

—¡Está perdiendo el tiempo si con esas palabras pretende indisponer a mis amigos contra mí, Oscar! Ya que ellos saben que no fue por eso que lo maté. Lo maté porque era un cerdo... ¡Un asqueroso cerdo!

Oscar sonrió perversamente.

—¿Le exigió acostarse con usted? —deslizó—. Y usted no tuvo más remedio que complacerle..., porque Orlando sabía que Crawford yacía muerto en la habitación 18, y, si él hablaba, todo se iba a perder... ¿Fue por eso que lo mató?

—¡Sí! ¡Por eso fue! ¡El maldito asqueroso...! ¡No tenía bastante con Carol, tuvo que exigirme a mí que fuese a su habitación, y me..., me...!

—La poseyó y se quedó sus bragas —sugirió Oscar.

—¡Cerdo!

—Bueno —movió la cabeza Oscar—, es evidente que a Vázquez le gustaban los bocados finos, Edwina. Y usted lo es. EL muchacho vio la oportunidad de cobrarse su ayuda de un modo muy agradable además de con promesas y dinero en el futuro, y... se la tiró a usted.

—¡No hable así! —Aulló Edwina, fuera de sí—. ¡No hable así de aquel maldito cerdo repugnante! ¡Sus sucias manos me...! Y su boca, y su..., su...

—Cálmese. Se está poniendo histérica, Edwina.

—¡Ella podía soportarlo, pero yo no! ¡Ella fue la que lo convenció la primera vez para que nos ayudara, no le importaba divertirse por las noches con él, pero yo no pude soportarlo, no pude...!

—¿Ella? ¿A quién se refiere? Espere... ¿A Carol Mumford? Claro, a Carol Mumford... Ella es la que aleccionaba a Orlando sobre lo que tenía que hacer. Y ella, Carol, es quien debió verme esta mañana entrando en su vivienda del ático... ¿Quiere decir eso que Carol también forma parte del grupo?

—¡No somos un grupo! ¡Sólo éramos dos, hasta que tuvimos la necesidad de ayuda, y acordamos que ella convencería a Orlando para que nos ayudase!

A cada instante. Oscar Lang iba comprendiendo más cosas, y comenzó a sentir náuseas.

—Según entiendo, Orlando, aunque fuese por necesidad de los planes de ustedes dos, vino a... interponerse entre ambas, Digamos que... perturbó la marcha de sus buenas relaciones íntimas con Carol Mumford. ¿Fue así? En realidad, fue por eso que usted trazó el plan de que él debería morir, para recuperar del todo a Carol, a la que ama... Es preciosa la pelirroja, desde luego.

—Yo se lo había prometido todo a ella... ¡Todo! Sabía que ella lo hacía por mí, pero a cada instante soportaba menos la idea de saberla en la cama con aquel asqueroso... ¡Por eso decidí que él muriera, y aproveché la presencia de Crawford para redondear todo el plan!

—De ese modo, tendría el Delicias y recuperaría el amor de la dulce Carol.

Edwina se echó a reír.

—¡La dulce Carol...! —exclamó—. ¡Oh, sí, conmigo era muy dulce siempre, pero...!

—¿Pero...?

Edwina aspiró profundamente. Elinor la miraba ahora como si no pudiese comprender lo que tan claro estaba con respecto a las relaciones entre Edwina Rice y Carol Mumford.

—Pero era y es ella la más fuerte de las dos, en realidad —deslizó Oscar—. ¿No es cierto? La tiene dominada a usted, ella es dulce con usted..., pero dura con el resto del mundo. Usted es la inteligente, pero ella..., ella es la que disparó contra Crawford, ¿verdad, Edwina? En cuanto a Orlando Vázquez... Ah, no, a ése lo mató usted personalmente, para vengarse de él por haberla poseído, por haberle presionado y chantajeado sexualmente mientras esperaba mayores beneficios. Carol mató a Crawford, pero usted mató a Orlando... Tenía verdaderos deseos de hacerlo... Y ahora recuerdo... Usted habló de los ojos de Orlando... Y sólo pudo verlos cuando lo mató, ya que no volvió a verlos después de dejarlo en el cobertizo, clavado en la pared... Además, ahora pienso que tuvieron que ser dos allá dentro, para matarlo. Carol lo recibió, lo llevó hacia el fondo del cobertizo, lo dejó allí, debió encender la linterna, le apuntó para que usted lo viese, y usted... disparó el arpón desde muy corta distancia, se dio el gusto de captar su posterior agonía, de ver saltar sus ojos, retorcerse de dolor y espanto su rostro... ¿Verdad, Edwina?

—¡Sí! —rió Edwina, estremeciéndose—. ¡Oh, sí, así fue, así de maravillosamente ocurrieron las cosas allá dentro, si! Él ya nos había servido para nuestros propósitos... ¡y nunca más volvería a poseerme, ni a tener alejada a Carol de mí, a mi Carol...!

Elinor Dreiser reaccionó por fin; pero todo lo que pudo hacer fue cerrar los ojos y musitar:

—Dios mío...

Edwina la miró vivamente, todavía excitada.

—Y ahora, ¡basta de charla! Usted, estúpida orgullosa, empiece a redactar esa opción de compra a mi favor... ¡Vamos!

—No pienso hacerlo —jadeó Elinor—. ¡No lo haré!

—En ese caso, prepárese a ver algo interesante... ¿Qué prefiere que le cortemos en primer lugar a Oscar?

—¿Qué..., qué...?

—Sí, querida. Podemos cortarle la nariz, las manos, las orejas... o cualquier otra

cosa. ¿Por dónde quiere, que empecemos?

—No..., no se atreverán... a hacer... nada de eso...

—Me parece que sí se atreverán —murmuró Oscar—. Y, de todos modos, nos matarán. No vale la pena que ninguno de los dos suframos...

Elinor dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Deme esos papeles —murmuró.

CAPÍTULO IX

Edwina Rice aprobó con un gesto, y simultáneamente, de viva voz.

—Perfecto... Está muy bien, estúpida; perfecto, sí.

—Edwina, ya tiene lo que quiere —susurró Oscar—. Ahora, piense lo que va a hacer. Hellman nunca creerá que yo he matado a Elinor, que he escondido el cadáver y que me he fugado con un cheque que jamás cobraré.

—Deje que yo me encargue de ese pobre diablo —rió Edwina—. Sabré cómo manejarlo. Incluso, si fuese necesario, le daría un par de veces algo que él está deseando hace tiempo... y lo tendría a mis pies como un perrito faldero. Y ya no puedo perder más tiempo, pues, en efecto, tengo que ir a Miami, vender unos apartamentos de los que ya hace tiempo quería desprenderme... Todo perfecto, Oscar. Oh, un momento, la fecha de este documento... ¡Perfecto! Fecha de ayer. Bien, ya os los podéis llevar a la lancha, Sinclair. Cuando los hayáis lanzado al fondo del mar, volvéis y os lleváis el coche de ella a los pantanos, ya sabéis... ¡No debe quedar ni rastro de ninguno de los dos!

Elinor intentó decir algo, pero no lo consiguió. Miró con desesperación a Oscar, desorbitados los ojos. Oscar bajó la mirada. No para hurtar sus ojos a los de Elinor, sino para ocultar su expresión a los dos asesinos profesionales. Y ello porque Oscar Lang sabía que su expresión tenía que resultar reveladora: no se dejaría matar mansamente. Y tenía su plan. Un plan desesperado, descabellado, absurdo completamente..., pero era el único que se le ocurría.

—Vamos, caminen hacia la puerta —dijo Crane.

—Oscar. —Elinor se aferró a su mano, trémula—. ¡Oscar!

Él no contestó. Se desasió de su mano y comenzó a caminar. La muchacha, como en una pesadilla, le siguió. Crane y Sinclair se colocaron detrás de ellos... Ya en la puerta del salón, oyeron la voz de Edwina Rice.

—Adiós, Oscar; adiós, estúpida.

Elinor rompió a llorar. Oscar la tomó de un brazo, y casi tiró de ella hacia la puerta de la vacía quinta. ¿Era de Edwina? ¿Era una casa en venta que estaban utilizando? Bien, eso ya importaba muy poco, desde luego.

—Abra la puerta. Y no se pase de listo, amigo.

Oscar abrió la puerta. Sólo entonces se dio cuenta de que allí dentro olía a cerrado, y de lo fresca y hermosa que era la brisa del mar que llegó hasta él. Y de lo hermosa que era la vida...

—Vayan hacia la playa. ¡Vamos, vamos!

Salieron de la casa. Oscar apretó el brazo de Elinor. Oía tras ellos las tenues pisadas de los dos asesinos. La elección, realmente, era muy simple: o morir en la lancha como un conejo, o morir de varios balazos allí mismo, intentando conservar la vida, seguir oliendo a mar, tener su oficina en Gulf Terrace Avenue, su secretaria eficiente, ¡y Elinor...! Cosas de la vida: cuando parecía que pudiesen cumplirse sus

sueños, llegaba el sueño eterno. Sentía como un tremendo vacío en el estómago, un frío denso en todo el cuerpo... Más de una vez había resuelto pequeñas tonterías a bofetadas, desde luego. Pero ahora llevaba tras él a dos asesinos profesionales, que le estaban apuntando a la espalda..., y a la espalda de Elinor.

Muy bien, puestos a morir... ¡que fuese en aquel momento!

Empujó de pronto desesperadamente a Elinor hacia su derecha y él se dejó caer hacia la izquierda, gritando:

—¡Ahora, *sheriff*!

Oyó perfectamente los respingos de los dos hombres mientras, girando hacia ellos, los veía alzar las pistolas y mover rápidamente la cabeza en busca del inexistente enemigo.

Las piernas de Oscar se distendieron fuertemente, y el detective salió disparado, cabeza por delante, hacia el bajo vientre de Sinclair, que lanzó un berrido cuando Oscar consiguió el impacto deseado, en plenos genitales. Todavía empujando con la cabeza a Sinclair, pues de otro modo éste habría caído sobre él, doblado por el intenso dolor, Oscar buscó a tientas, desesperado, la mano armada del asesino. En el mismo momento en que la encontraba, y daba un tirón, oyó la exclamación de Crane.

—¡La puta que te parió...!

Arrodillado, colocando bien en su mano la pistola de Sinclair, Oscar se revolvió contra Crane.

A menos de dos metros de él relució un fogonazo breve dentro del tubo del silenciador, y Oscar lanzó un gruñido cuando recibió el tremendo impacto de plomo en el hombro derecho. Fue una sacudida brutal, que lo tiró de espaldas, estremecido de dolor. Le pareció que todo giraba a su alrededor, que en sus oídos se producían chillidos silbantes, que perdía la visión...

Desde el suelo, como entre chispazos eléctricos que parecían estallar en sus propios ojos, distinguió la silueta de Crane. Y, sencillamente, alzó la mano derecha y disparó. Tuvo una visión extraña: como si la cabeza de Crane se hubiese convertido en un surtidor horripilante de relucientes líquidos que salpicaban a todos lados.

Se sentó, y todavía lo vio cayendo de espaldas, con la parte superior de la cabeza destrozada por el balazo. Cerca de él oyó un jadeo ronco, como un gruñido de animal... Giró la cabeza y vio algo que se desplazaba sobre la hierba. Parecía un animal, claro, a cuatro patas...

Pero no era un animal de éstos, y lo comprendió cuando lo vio llegar cerca de donde había caído Crane y pasar las manos por el suelo, en busca de algo. Supo lo que era cuando Sinclair encontró la pistola y aulló:

—¡Aquí está! ¡Te...!

Oscar Lang disparó de nuevo. Sinclair, que estaba arrodillado, dio un poderoso salto, aullando, y casi dio una vuelta completa en el aire. Cayó un metro y pico más allá y se revolvió alzando la pistola, como aplastado contra el suelo.

—Hijo... de...

Oscar volvió a disparar. El cuerpo de Sinclair pareció sacudido por una gran fuerza, se alzó un poco. En seguida, cayó a plomo, y quedó inerte, como aplastado contra el suelo.

Durante unos segundos, Oscar Lang no oyó nada, salvo aquellos zumbidos terribles dentro de su cabeza. Luego comenzó a oír los sollozos.

—¿Elinor? —llamó—. ¿Estás ahí?

Una forma confusa giró hacia él, chocó contra él, lo derribó. Lanzó un aullido cuando notó aquella insoportable presión en el hombro derecho. Luego oyó el alarido de Elinor. Estiró los párpados, sacudió la cabeza... Elinor estaba arrodillada junto a él, mirándose las manos manchadas de sangre, y sollozando:

—Oh, Oscar, Oscar...

—Ayúdame... a ponerme en pie... ¡Con cuidado!

—No... Oh, Dios mío, estás herido, es mejor que no te...

—¡Ayúdame!

Se sentó con un gesto rabioso, y tanteó en busca de las manos de Elinor. Las encontró. Se encontró de pie. Por unos segundos tuvo la sensación de estar en una de las barquitas del Tingle, como cuando iba a pescar al amanecer... Luego, todo se aquietó. La visión regresó con asombrosa rapidez.

—Elinor, tenemos... que llegar al coche... No sé si ellas también tienen armas, y creo que no podría... hacerles frente...

—Sí... Sí, Oscar. Ellas no...

—¡Crane! —Llegó la voz de Edwina—. ¿Qué pasa, Crane? ¡Sinclair! ¿Qué ocurre?

—¡Yo te diré lo que ocurre, Edwina Rice! —Aulló Oscar—. ¡Ocurre que la situación ha cambiado, y que quiero que las tres os entreguéis ahora mismo o...!

—¡Oscar! ¡Están corriendo! ¡Se van!

—¡Eso es lo que creen ellas!

Comenzó a caminar rápidamente hacia la casa. Ahora sabía que las mujeres no disponían de armas, pues de ser así no huirían dejando atrás a un enemigo que tanto sabía de ellas, sus proyectos para el futuro, sus asesinatos pasados...

—¿Hacia dónde han ido, Elinor?

—Hacia detrás de la casa...

Se oyó el rugido de un motor. Oscar y Elinor se detuvieron.

El coche apareció de pronto, primero como una masa reluciente, pero en seguida se encendieron las luces de posición y acto seguido brotaron las de los faros. Primero las cortas, luego las largas. Elinor y Oscar quedaron atrapados por las luces, como mariposas, deslumbrados. El motor del coche rugía fuertemente, las luces se iban acercando... Un escalofrío recorrió la espalda de Oscar Lang al comprender de qué se trataba: los iban a arrollar a los dos, los iban a aplastar con el coche...

Alzó la mano armada, apuntó entre las dos luces, y disparó una y otra vez.

Pareció que fuese inútil.

Pero, cuando ya estaban muy cerca de ellos, cuando a fuerza de tanta luz ya 110 veían nada, el coche desvió la marcha, las luces iluminaron el césped, unas palmeras, un arbusto de flores, de nuevo una palmera... De pronto, giró; dio una vuelta, otra vuelta, otra vuelta, mientras las luces parecieron volverse locas, y miles de diminutos trozos de cristal saltaban a todos los lados como diamantes... Finalmente, el coche se estrelló contra una palmera.

Dio la sensación de que todo fuese a terminar así, pero, de pronto, brotó una enorme llamarada, que lo envolvió completamente.

Oscar Lang y Elinor Dreiser permanecieron inmóviles, teñidos de rojo, contemplando fascinados cómo el fuego devoraba todo lo que podía ser devorado en aquel coche.

—Ni siquiera hace falta que busquemos un teléfono —murmuró Oscar—; la policía de Flamingo llegará en seguida. Y le diremos que llame a Hellman a Marathon, para que se ocupe de detener a Carol Mumford... y venga a recoger nuestros pedazos.

ÉSTE ES EL FINAL

—¡Caramba! —Exclamó Rupert Hellman, entrando en la oficina, gorra en mano, luciendo su calva cabeza—. ¡Esto sí es una oficina de lujo, muchacho!

—Vea, vea. —Oscar le tomó por un brazo y lo llevó a la ventana, señalando hacia el exterior—. ¡El mar!

—Sí, hombre, sí, ya veo... ¡Todo estupendo! Caramba, esto ha tenido que costar unos buenos dólares, ¿no?

—Pues sí, pero encontré un buen par de socios, que decidieron vender el hotel de una maldita vez y hacer esta inversión. Vamos a medias: ellos han puesto el dinero, y yo pondré la fama... ¡En poco tiempo, millonario podrido, *sheriff*!

—Me alegraría mucho por usted, Pinkerton. Se lo merece... Bueno, ¿cuándo va a empezar a trabajar?

—Mañana. ¿Ve? ¡Ya tengo el hombro completamente bien! El tiempo lo cura todo. Conque le gusta mi oficina, ¿eh?

—Mucho. Todo tan nuevo, tan bien arreglado, tan... Un momento. ¿No falta algo aquí?

—¿El qué?

—¡Hombre, pues es una secretaria...!

—Ella también empieza mañana, claro.

—Ah. ¿Y qué? —Hellman guiñó un ojo, y dio con un codo a Oscar en el estómago—. ¿Cómo está la chavala? ¡Tremenda, supongo!

—Es muy eficiente —masculló Oscar.

—¡Hombre, eso ya lo supongo! Pero... ¿eh? —El *sheriff* trazó en el aire la clásica silueta femenina—. ¿Qué me dice de esto? ¿Eh? ¿Está buena o no?

—Tiene las mejores referencias.

—¿Físicas?

—Laborales. Ha trabajado en San Francisco, en Nueva York, en Denver, en... Hellman se quedó mirándole astutamente.

—¿Y cuántos años tiene?

—Pues...

—¿Cuántos?

—Me parece que unos... cincuenta, más o menos.

—Más o menos, ya. ¿Es bonita?

—Hombre... Psé. No es fea, desde luego.

—¡Ésta sí que es buena! —Hellman lanzó una carcajada—. ¡De modo que le han puesto una secretaria eficiente, pero vieja y fea!

—Hombre, tan poco es para tanto —farfulló Oscar—. No le va a dar un susto al miedo. Lo que pasa es que mis socios prefirieron una secretaria de verdad, eficaz, inteligente, bien preparada, antes que una muñeca decorativa... ¿Comprende? ¡Son listos mis socios!

—Oiga, Pinkerton, ¿a quién quiere pegársela? Sus socios son su futuro suegro y su futura esposa, ¿no es así? De modo que lo que pasa aquí es que Elinor ha dicho que de eso de estar todo el día con una secretaria decorativa ante las narices, nada. ¿A que sí?

—No se puede tener todo en la vida —graznó Oscar.

Oyeron la puerta principal de la oficina y los dos se volvieron hacia allí. Elinor Dreiser, bellísima, apareció a los pocos segundos, ya hablando:

—Oscar, mi amor, tenemos el tiempo justo para... ¡Ah, está usted aquí, Rupert! ¿Qué tal?

—Muy bien, gracias. Y viéndola a usted, creo que no vale la pena que aquí, el amigo Pinkerton, se busque una secretaria joven: se empacharía. Y hasta lo bueno hay que tomarlo a dosis... ¿Cómo está Conrad?

—Oh, muy bien. Nos está esperando para celebrar la apertura de la oficina de Oscar. Y no le haga caso si dice que nosotros somos sus socios: lo ha conseguido todo él, con sus ahorros y pidiendo créditos a todo el mundo a raíz de su fama con el asunto que... Bueno, lo..., lo siento. Lo de Edwina quiero decir. Sé que usted...

—No se preocupe —sonrió Hellman—. Jamás habría llegado a ella, de todos modos. Era un sueño tonto de viejo chocho.

—Y calvo —dijo Oscar.

—Y calvo —asintió Hellman—. Además, lo que pasó no pudo ser más justo. Si analizamos el asunto, observarán que las víctimas que hubo fueron las adecuadas, en un sentido u otro: el vividor Orlando Vázquez, Crawford, Carol Mumford, aquellas dos golfas, dos asesinos profesionales, y..., y... Bueno, ya pasó, y las víctimas, a la postre, fueron las adecuadas. En fin... Oiga, Pinkerton, ¿por qué no me invita a la inauguración de su lujosa oficina?

—Precisamente eso estaba pensando decirle. ¡Y creo que tenemos un champaña de narices!

—Bueno —movió la cabeza Rupert Hellman—, me gusta más el francés, pero quizá el de narices tampoco esté mal... ¿Qué estamos esperando?

FIN



LOU CARRIGAN (1934, Barcelona, España), es el seudónimo de Antonio Vera Ramírez. Es un prolífico escritor de novelas, tanto de aventuras como del oeste, ciencia ficción o terror. Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle.